

CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA



SEMILLAS DE ESPERANZA

EDICIONES MARANA-THA

CARLOS GONZALEZ CRUCHAGA
OBISPO

**SEMILLAS DE
ESPERANZA**

Ediciones Marana-tha

SEMILLAS DE ESPERANZA
MONS. CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA
PRIMERA EDICIÓN: JULIO 2006

REG. PROPIEDAD INTELECTUAL N° 156361
I.S.B.N. N° 956-7587-3

DISEÑO E IMPRESIÓN
EDICIONES MARANA-THA LTDA.
1 NORTE 549 TALCA
TELÉFONO/FAX: (56-71) 226565
TELÉFONOS: (56-71) 212041- 229036
E-mail: imprenta_maranatha@yahoo.com
E-mail: marana@tie.cl

IMPRESO EN CHILE
PRINTED IN CHILE

*PARA LOS CONSAGRADOS A DIOS
Y PARA QUIENES BUSCAN POR
DIVERSOS CAMINOS AL SEÑOR*

† Carlos González C.

“Nuestro gran problema no consiste en buscar a Dios,
sino en saber que hemos sido buscados
y encontrados por Él.
Él se ha venido a instalar en nuestra casa
y no quiere salir nunca.
Mi alegría completa aquí se funda”.

P. Alberto Hurtado

“La oración procede de una zona interior
de la cual se habla poco.
La mayor parte todavía no ha descendido”.

André Louf.

“Si buscas la verdad al final encontrarás consuelo,
si buscas el consuelo
no encontrarás consuelo ni verdad,
castillos en el aire al principio
y desesperación al final”.

C.S.Lewis

Estos pensamientos intentan presentar cual será el contenido de estas reflexiones. “Inch Allah”: Esta frase se usa en los países árabes y es el equivalente a “si Dios quiere”, que a menudo se dice en nuestro país.



INTRODUCCIÓN

Después de sesenta años de sacerdocio, deseo entregar vivencias sobre los aspectos básicos de nuestra vida cristiana.

A lo largo de los años se van produciendo diversas síntesis y se va decantando lo que parece ser más fundamental, aquello que se puede distinguir de lo secundario.

Escribiré sobre espiritualidad cristiana, o sea, esa espiritualidad basada en Jesucristo, en la Santísima Trinidad, en la Iglesia que busca construir el Reino siguiendo los criterios del Evangelio. No se trata de espiritualidades de otras corrientes. Esta aclaración es necesaria para evitar confusiones que no hacen bien.

Siempre el mayor conflicto está radicado en la interioridad que va asumiendo los cambios y modificaciones culturales técnicas de un mundo en constante evolución.

El problema está en el interior y no en lo exterior que nos rodea.

He colocado como título “Semillas de Esperanza” porque, gracias a Dios, veo tantos aspectos positivos que suelen ser apagados por lo negativo porque siempre será verdad que “el ruido no hace bien y el bien no hace ruido”.

Mis sentimientos de esperanza los baso en dos experiencias, ocurridas durante estos últimos años, desde 1997, en que por razones de edad, soy Obispo Emérito de Talca.

Vivo en un barrio popular cercano a la ciudad de Talca. Aquí la gente "va a Talca". Es un barrio sin ruido, con varios cientos de personas que viven y sufren como todos los chilenos.

Soy capellán de un Liceo Agrícola de jóvenes que serán Técnicos Agrícolas, campesinos entre 15 a 21 años.

La vivencia en estos dos lugares me ha indicado que todas estas personas tienen "memoria religiosa" y que los valores cristianos están subyacentes en una cultura tal vez no expresada en forma nítida.

Durante años estuve escuchando que íbamos para atrás y que la juventud había perdido nuestros valores. Se dijo que el mundo obrero se había alejado de la Iglesia y con esta afirmación categórica se ha ido construyendo una visión negativa, generalmente pesimista, sobre el futuro de la Iglesia.

Me parece que allí no están los problemas reales y que se sobredimensiona lo que aparece en la superficie.

Por esa razón, al presentar los temas básicos de espiritualidad, intentaré dar una visión de esperanza y de paz.

Que verdadero es el pensamiento de Juan Pablo II: **"No tengan miedo, abran las puertas a Jesucristo"**.

El corazón de miles de chilenos es profundamente cristiano. Además de la religiosidad natural de todos los seres humanos, existe una vivencia de fe, ciertamente vulnerable, con errores y pecados, pero en todo está el Señor.

Durante muchos años creí en el pensamiento de Mahatma Gandhi, quien estaba sentado al borde de un río, en

la India, y sacó una piedra del fondo de éste. Al romperla, se dio cuenta que estaba seca por dentro. Gandhi decía que “eso sucede a los cristianos, están sumergidos en el cristianismo, pero Cristo no ha logrado entrar en ellos por la dureza del corazón”.

Con los años y la reflexión del tiempo percibo que ese juicio no es verdadero. El corazón es cristiano aunque la cáscara esté algunas veces dañada.

Pensar en tantos siglos de cristianismo sin que Jesús llegue al corazón de los creyentes, es una visión que plantea a Jesucristo como un gran fracaso o un idealista iluso que soñó algo hermoso, pero no real.

Habrán algunos corazones endurecidos e impermeables, pero es extraordinario para un sacerdote constatar tantas veces como Cristo está en las personas y como la fe es mucho mayor de lo que aparece en la superficie.

Estas páginas no pretenden ser un tratado de espiritualidad. Sólo son vivencias sobre algunos temas que me parecen importantes y que necesitan mayor claridad.

El hilo conductor es la persona viva de Jesucristo. Él es la gran semilla de esperanza para quienes creemos en Él. Es de esperar que quien lea estas páginas encuentre algunas respuestas a sus interrogantes religiosas.

Es un libro pensado para quienes buscan a Dios y tienen amor e interés por la Iglesia.

“Tanto te he buscado Señor”

don Manuel Larraín

CAPÍTULO I

SÓLO DIOS BASTA

Dice la Biblia: “Escucha Israel El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Al Señor, tu Dios, amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo mandamiento es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay ningún mandamiento más importante que éstos”.

Cuando Jesús le preguntó al Maestro de la Ley acerca de cuál es el primer mandamiento, éste le contestó: “Muy bien Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es único y que no hay otro fuera de Él y que amarle con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas y amar al prójimo como a sí mismo vale más que todas las víctimas y todos los sacrificios”. (*Marcos 12. 28 a 34*).

Tanto el capítulo 10, 27-28 de San Lucas, como en el 22, 37-40 de San Mateo se expresa igual pensamiento. En el Antiguo Testamento, al hablar de este amor a Dios, se lee: “Las palabras que hoy digo quedarán en tu memoria, se las repetirás a los hijos y hablarás de ellas estando en casa, yendo de camino, acostado y levantado” (*Deut. 6. 4 a 7*).

Este es el primer mandamiento: Dios es el **Único** Señor y se nos pide amarle con **todo** el corazón, con **toda** el alma y con **todas** las fuerzas.

¿QUIÉN ES DIOS?

El Papa Benedicto XVI, el 25 de diciembre del año 2005, ha respondido a esta pregunta con las palabras de San Juan Evangelista: “Dios es Amor”, y en aquella oportunidad expresó que esa “es la imagen cristiana de Dios” y que allí está “el corazón de la vida cristiana”.

“Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” 1Jn.4,16. Estas palabras de la Primera Carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”.

“Hemos creído en el amor de Dios”: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo, una nueva profundidad y amplitud.

Más adelante el Papa Benedicto escribe: “Jesucristo es el amor de Dios Encarnado”.

Para quienes vivimos en la Iglesia y tratamos de seguir a Jesucristo aquí está la mejor definición de Dios.

Existen otras ideas acerca de Dios en las diversas religiones; pero para los cristianos esta definición de San Juan da la verdadera respuesta a tantas preguntas.

BUSCAR EL ROSTRO DE DIOS.

Siempre estará vigente el texto bíblico del Profeta Miqueas 6,8-9: “Tres cosas pide el Señor: practicar la justicia, amar con ternura y buscar humildemente el rostro de Dios”.

El mayor desafío cristiano es asumir que todo se inicia en la verdadera búsqueda de Dios. “Ser de Dios” es mucho más que “hacer cosas por Dios” o pensar en Él. “Ser de Dios” significa la aceptación que somos del Señor, de su propiedad, y que Él es nuestra vida.

La fe nos llama “a buscar a Dios por Dios”, sin colocar nada encima. Él es la Única Verdad Absoluta.

“Si no buscamos a Dios solo, por encima del apostolado, del sacerdocio, por encima de nosotros mismos y aún por encima de la Iglesia, no tiene sentido nuestra vida actual”.

Así lo escuché en un retiro para sacerdotes, hace más de cincuenta años y nunca lo he olvidado.

Él es el Único, Él es “El Señor” y cuando dejamos de estar asombrados por el Misterio de Dios ya no somos hombres o mujeres de Dios.

Es el eterno Misterio de Dios lo que nos muestra permanentemente la Biblia. Es la historia humana que siempre busca el rostro de Dios.

Si la Iglesia no aporta a Dios, si los sacerdotes no entregan a Dios, sucede que la vida cristiana ya no tiene sentido.

Tal vez son muchos los millones que viven sin esa preocupación por el rostro de Dios en sus vidas en las cuales, aparentemente, Dios no interviene para nada.

“Qué aportamos si no aportamos a Dios”: cuidado con la rutina que esconde tanta mediocridad.

“Un hombre vale por lo que busca”: ningún cristiano debe ser un “profesional de Dios”, sino que se le pide ser un “buscador de Dios”. Son realidades totalmente diferentes.

Es conmovedor encontrar en la historia de la Iglesia a los buscadores de Dios. Sólo presento a San Agustín: “Tanto como he podido te he buscado”, “Colócame en el corazón el deseo ardiente de buscar tu Rostro”, “Siempre te busqué y siempre te amé, Dios siempre joven y siempre nuevo”.

Actualmente es impresionante encontrar tantos corazones, adultos y jóvenes, que buscan al Señor para hacer su Voluntad. Es fácil percibir la importancia que tiene recibir y transferir la fe heredada de los mayores, de los padres y de la familia.

La inquietud por Dios y por su Misterio parece haber crecido en los últimos años. Ya nadie habla de “la muerte de Dios” y no se escribe que hemos entrado en “una época post cristiana”, como se insinuaba en tiempos anteriores.

Numerosas veces en mi vida sacerdotal he escuchado que Dios está en primer lugar. También he visto vacilar a los padres de familia cuando se les pregunta si quieren más a Dios que a los hijos o viceversa.

Esta realidad del amor de Dios que prevalece sobre el amor a los hijos se acepta en la fe. Algunos padres de familia lo aceptan con el corazón y otros sólo de un modo intelectual. Sabemos lo que el padre ama a sus hijos.

Se acepta la muerte de un hijo después de un tiempo largo de rebeldía. Se acepta, con menor dificultad, perder a un hijo antes de que ésta nazca, aunque el dolor siempre es grande.

Una experiencia personal: creo haber asumido en forma visceral el amor Absoluto a Dios y he percibido en hermanos

sacerdotes y consagrados esta misma realidad, pero veo lo difícil que es para los padres de familia que aceptan la prioridad de Dios, pero afectivamente aman más a sus hijos que a Dios.

No es del todo atinado plantear una elección entre Dios y los hijos porque siempre será posible encontrar una buena complementación.

Es un proceso lento y doloroso que se llega a entender únicamente por la bondad de Dios, con el tiempo y muchas veces por el camino del sufrimiento.

DOS TENTACIONES

Aparece en la Biblia: el pueblo elegido cada cierto tiempo se olvidaba de buscar el rostro de Dios y caía en la idolatría, expresada a través de dioses falsos y de riquezas. Ellos fabricaban espejismos para darle sentido a la vida que había perdido su razón de ser. Recuerdo al sacerdote que dejó el ministerio y me dijo: "Dejo el sacerdocio porque he descubierto que Dios está implícito, pero quiero más a la gente que a Dios". Era un hombre honesto que no entendía ser sacerdote si Dios no ocupaba el primer lugar.

Al perder este sentido de la vida, surgen respuestas para huir de los vacíos existenciales. Los seres humanos se refugian en la familia, en el éxito, en el placer, en una determinada clase social. Son tantos "los fugitivos" que no logran encontrar caminos para buscar a Dios.

Sólo presento dos grandes tentaciones en esta búsqueda de Dios, Único y Absoluto:

El egocentrismo o adoración de sí mismo. Es la proyección inadecuada de la persona, el culto a la propia personalidad. Los egocentristas son peligrosos porque viven ensimisma-

dos y enamorados de ellos mismos y la oscuridad les impide ver la luz. No pueden ver porque "las tinieblas han oscurecido sus ojos".

La búsqueda ansiosa del poder es la segunda idolatría. Son aquellos que tratan de tener más poder o de recuperar el poder que ha dejado de ser un servicio para el bien común y se transforma en una ambición personal, incontrolable y obsesiva.

El poder mal orientado aleja siempre de Dios y es un espejismo cruel que quiebra las relaciones humanas. Pienso en las dictaduras, en los que escalan a cualquier precio y se venden al mejor postor. Es el hombre "corcho" que flota en todas las situaciones. Son aquellos que viven en "el chaqueteo" para conseguir algún trabajo o figuración.

¿POR QUÉ BUSCAMOS A DIOS?

Dice el salmo 62: "Tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti, mi carne tiene ansias de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua".

Pero surgen preguntas: ¿Por qué madrugar para buscar a Dios?, ¿Por qué existe la sed de Dios?, ¿Por qué amar a Dios de esta forma?. La respuesta está en la Biblia "Amemos a Dios porque Él nos amó primero", I Juan 4.19, "Dios es Amor y el amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Él envió al mundo a su Hijo para que nosotros vivamos por Él, 1Jn 4, 8 al 10.

A Dios se le busca para amarlo porque Él nos ama y merece ser amado. Somos criaturas de Dios, creados a su imagen y semejanza.

Lo buscamos para amarlo por Él mismo en gratuidad,

más que por motivos de interés o por alcanzar alguna utilidad. Él es nuestro Padre y somos hijos de Dios y queremos responder a su amor. Dios ama a todos los hombres y a cada uno en particular. Entregó a su Hijo para salvar a la humanidad y Jesús “habiendo amado a los suyos los amó hasta el final” (*Jn 13,1*).

TESTIMONIOS DE TRES SANTOS

Presento a tres santos que fueron un hermoso testimonio del amor a Dios. Ciertamente existen otros testigos, incluso de otras religiones, que han vivido en esta búsqueda y con este amor incondicional a Dios.

PADRE DE FOUCAULD:

- “Tan pronto como creí que Dios existía, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir para Él”.
- “Cristo ha escogido el último lugar que jamás nadie se lo podrá quitar.”
- “Tengo sed de hacer por Dios el mayor sacrificio que se pueda hacer.”
- “Amo al Señor con un corazón que quisiera amar más; pero lo amo y yo no puedo soportar llevar una vida distinta a la suya: una vida distinta y con honores cuando la suya ha sido la más dura y despreciable del mundo”.
- “No puedo atravesar la vida en primera clase pensando que Aquel que yo amo la ha atravesado en la última clase”.

- “Dios mío, no sé si es posible a ciertas almas de verte pobre y quedarse voluntariamente ricas y verse mayores que su Maestro y no sé si es posible querer parecerse en todo a Ti. Creo que te aman; pero falta algo a ese amor”.
- “No puedo comprender el amor sin una necesidad imperiosa de semejanza, de conformación y, sobre todo, sin compartir todas las penas y las amargas de la vida”.

CURA DE ARS:

- “Te amo, Dios mío, y mi único deseo es amarte hasta el último momento de mi vida y prefiero morir amándote a vivir un solo momento sin amarte”.
- “Te amo, Dios mío, y deseo el cielo sólo para tener la felicidad de amarte para siempre”.
- “Dios mío, si mis labios no pueden decirte a cada rato que te quiero, deseo que mi corazón te lo repita cuantas veces yo respire”.
- “Te amo, porque Tú has sido Crucificado por mí y porque me tienes crucificado para acercarme a ti”.
- “Amar a un hombre-Dios crucificado por nosotros es amor de gratitud. Amar a un Dios que nos crucifica es amor generoso”.
- “Concédeme que muera por tu amor y conociendo que te quiero. A medida que me acerque a la muerte dame la gracia de crecer en el amor. Amén.”

TERESA DE ÁVILA:

*“No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y encarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte”.*

El testimonio de estos santos me ha acompañado durante todo el sacerdocio y me ha ayudado a vivir en la búsqueda de Dios.

El Cura de Ars cuando escribe “amar a un Dios que nos crucifica es amor generoso” presenta el Misterio de la Cruz y el sufrimiento que necesita ser aceptado y asumido de una manera constructiva, en el amor y por amor.

Es el amor gratuito de los Reyes Magos que buscan a Jesús “para adorarlo”. Es la mujer que quiebra el frasco de perfume para “ungir los pies del Salvador y su historia siempre será recordada” nos dice el Evangelio.

Santa Teresa escribe:

“Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene, nada le falta SÓLO DIOS BASTA”.

LA ADORACIÓN A DIOS

La palabra “quelcum” en Chiloé significa “recibir en hospitalidad gratuita a quien llega de visita”.

Es valiosa y verdadera la expresión campesina que he escuchado con aplicación al amor de Dios:

“Querer sólo por querer es la fineza mayor.

Querer por interés no es fineza y no es amor”.

Es hermoso adorar a Dios y buscarlo por amor.

Ayudará una leyenda hebraica que muestra a un adorador de Dios:

“Moisés encontró un pastor en el desierto y lo ayudó a cuidar ovejas. En la tarde, el pastor depositó en una fuente, a la distancia, una cantidad de leche. Moisés le preguntó para qué y el pastor dijo: “Es la leche de Dios. Tomo la mejor leche y se la ofrezco a Dios”.

Moisés le preguntó: “¿Y Dios la bebe?”, “Sí”, dijo el pastor; pero Moisés le explicó que Dios era puro espíritu y no bebía leche.

Se quedaron los dos de guardia en la noche para ver qué pasaba, llegó un zorro y bebió la leche.

Al día siguiente, el pastor estaba deprimido y dijo: “Tenías razón, Dios es espíritu y no bebe leche”. “Deberías estar contento por saber más de Dios que antes”, le replicó Moisés.

“Sí” -dijo el pastor- “Pero la única cosa que me permitía mostrarle mi amor a Dios ha sido suprimida”. Y Dios se le apareció a Moisés: “Moisés, estás equivocado. Es cierto que soy espíritu; pero aceptaba con cariño la leche ofrecida como expresión de amor y como no necesitaba la leche, la compartía con el zorro”.

El pastor buscaba a Dios cercano, con palabras propias y agradaba a Dios. También había allí un paso de adoración, un acto de amor. El pastor colocaba el corazón, lo que era su vida, su trabajo.

Tenía sentido de Dios y su vida era una oración. Eran palabras dignas de Dios y dignas del hombre. El pastor entregaba a Dios lo mejor de sí mismo, con amor y con verdad.

Es fácil repetir en el Padre Nuestro “que se haga tú voluntad”; pero es fundamental que este primer mandamiento sea de verdad el primero, porque Dios merece ser amado con todo el corazón y porque sí.

Al leer las oraciones y testimonios de los santos se percibe a hombres y mujeres que han vivido en el amor de Dios y que han hecho de sus vidas una vida de amor. Estos testimonios son difíciles de entender para quienes no creen en el amor de Dios.

Falta mayor coherencia en nuestras vidas ya que el Absoluto de Dios necesita ser el inicio y el fin de una vida en el espíritu. Vivir para “mayor gloria de Dios” siempre tiene plena vigencia.

No es asunto de palabras. Es la vida que necesita estar colocada en las manos de Dios, es la oración que siempre sabe que Dios está en primer lugar.

Al preguntarle a un laico adulto que lugar ocupaba Dios en su vida, él me dijo que a Dios lo buscaba como jefe, no en las cosas prácticas, sino en las directrices.

Al preguntarle cómo abordaba sus contradicciones, él respondió: “Con pena y vergüenza por no lograr mejorar”.

Siempre será necesario recordar los textos de San Pablo: “Nada me puede apartar del amor de Dios”. “Ni la muerte ni la vida” puede separarnos de Dios. (*Romanos 8,28-39*).

EXPERIENCIAS DE DIOS

Con algún temor escribo sobre experiencias personales de Dios. He visto la Presencia de Dios una cantidad de veces muy grande. Ya a esta altura de la vida, la confianza de la Providencia paternal de Dios me parece que es una verdad asumida.

Siendo estudiante secundario, durante un retiro que predicaba Alberto Hurtado hubo una meditación sobre sacerdocio y el amor a Dios. Capté intelectualmente que podía ser sacerdote. Fui a la capilla y recé. Entendí visceralmente que ése era mi camino. Guardé esta decisión por más de un año; pero en el momento en que estaba rezando llegó una claridad sobre mi vocación que nunca se ha perdido.

Siendo sacerdote joven hice un viaje, no a caballo sino que en mula, entre Chile y Argentina. Allí entendí que la voz de Dios es la voz del Silencio. Algo difícil de describir porque en el interior de la cordillera el silencio es algo impresionante. Era un silencio que nunca he vuelto a escuchar. Era verano y no había ese viento que puede estropear el silencio.

Al escuchar por primera vez la oración del abandono del Padre de Foucauld rezada por los hermanitos de Jesús me llegó al corazón entender que Dios es nuestro Padre. Yo tenía fe, ya era sacerdote; pero en esa ocasión sucedió algo inesperado y el amor de Dios se hizo patente y claro.

Tal vez la mayor experiencia de Dios la he encontrado en el confesionario. El 27 de septiembre de 1944 confesé por primera vez, en una parroquia campesina y capté que estaba perdonando pecados. Fue una experiencia inolvidable. Escuchar confesiones y ver conversiones a Dios es una experiencia de Dios que no se puede explicar.

En el terreno relacionado con el dinero he tenido tantas

experiencias que la confianza en la Providencia ha llegado a ser connatural.

Algunos hechos: como Obispo, pedí ayuda para construir la parroquia de San Sebastián de Talca. Me preguntaron qué ponía de mi parte. Respondí que sólo confiaba en Dios. Me regalaron unos pocos dólares. Y a la semana siguiente llegó una donación grande no solicitada que era lo exacto para construir el templo y la casa parroquial.

Una vez regalé todo el dinero que tenía, ochenta y tres mil pesos, y en esa tarde una persona inesperada me entregó un sobre en el cual venían ochenta y tres mil pesos. Son tantos los hechos similares. Hechos de esa naturaleza me han sucedido tantas veces, lo cual es motivo de confianza y de seguridad de que Dios protege y está presente en la vida.

Recuerdo que era necesario pagar un terreno para construir una capilla en el Caserío Lircay, en donde vivo actualmente. Llegó una señora que yo no conocía y me trajo el dinero exacto para comprar ese sitio. Ella no sabía de esta situación y nunca más la he visto. Era justamente el dinero que se necesitaba...

Han habido otras experiencia semejantes, algunas en el confesionario, otras durante conversaciones en donde he visto actuar a Dios.

Sé que Dios existe y que Él es Amor y Bondad.

Preguntas:

¿Creo que Dios es el Primero?

¿Cómo es mi amor a Dios?

**“He venido para que tengan vida
y vida en abundancia”**

Jesús

CAPÍTULO II

**“JESUCRISTO
ES EL AMOR DE
DIOS ENCARNADO”**

En un texto antiguo, se ha escrito sobre Jesucristo:

*«Nació en una oscura aldea,
hijo de María, una campesina de aquel tiempo.
Trabajó en una carpintería
hasta los treinta años.
Nunca escribió un libro y nunca formó una familia.
No fue a la Universidad,
nunca viajó a más de 300 kilómetros
del lugar donde había nacido.
Nunca tuvo otra carta de presentación que sí mismo.
Tenía sólo treinta y tres años
cuando la marea de la opinión pública
se volcó contra él.
Sus amigos escaparon.
Fue entregado a sus enemigos,
se burlaron de él y lo sometieron a juicio.
Fue clavado en una cruz entre dos ladrones.
Mientras moría, sus verdugos se sortearon entre sí
su túnica, su única posesión en la tierra.
Fue enterrado en una tumba prestada,
gracias a la compasión de un amigo.
Han pasado veinte siglos.
Y todavía Él es la figura central de la raza humana,
y nada ha afectado la vida del hombre en la tierra
tanto como JESUCRISTO,
Dios y Hombre Verdadero».*

Al iniciar estos pensamientos sobre el amor de Dios Encarnado, me parece atinado destacar que más que muchas ideas novedosas lo que más importa es la figura y la persona de Jesucristo.

Para la gran mayoría de la humanidad, Jesucristo es una persona de gran valor, extraordinaria y sabia, que trajo una renovación enorme en las relaciones humanas y en la historia universal.

Para otros fue un reformador social, defensor de la justicia, que predicó un mensaje hermoso, pero no realizable. Para ellos fue un soñador, un interesante visionario, aunque poco realista.

Él es símbolo de la fraternidad y su rostro ha sido atrayente desde hace más de dos mil años; pero Él es Alguien mucho más grande e importante.

Es una persona viva y actual. Él hizo su retrato en la persona del Buen Samaritano y en el camino de Emaús, mostrando quién es Él. Cuida del “herido del camino” y “se mueve a compasión”. En esta parábola, revela su estilo, el cual marcó toda su vida y es ratificado por un mensaje de esperanza en el trayecto hacia Emaús. Anunció “la Buena Nueva” del Evangelio, es la *Palabra y el Amor de Dios Encarnado*. Él se acerca los leprosos, a los rechazados de aquel tiempo y a los pecadores. Él siempre será una sorpresa. Nace en un pesebre de Belén donde no era esperado y llega “cuando las puertas estaban cerradas”; después de su Resurrección seremos sorprendidos en el Juicio Final con el encuentro en los pobres, en quienes está Cristo. Él vendrá en gloria y majestad.

SABEMOS

Sabemos que Cristo no envejece y es Alguien, no algo. Él está vivo, presente y actual. Sabemos que es verdadero Dios y verdadero Hombre y que no creer en la Divinidad de Jesús significa no ser cristiano.

Sabemos que la Encarnación de Cristo es la raíz de la vida cristiana porque desde ese momento se inicia el camino de salvación.

La Encarnación y la Resurrección, pasando por la Cruz, son los dos hechos más fundamentales para entender la vida cristiana. Encarnación y Resurrección son los pilares de la fe.

Con la Encarnación Cristo asumió todo lo humano y a través de la Resurrección, Él vence la muerte y el pecado, pero la Cruz está presente y el sufrimiento humano fue asumido y redimido por Él.

“Él es principio y final, Alfa y Omega”, la primera y la última letra del alfabeto griego. “Es suyo el tiempo y la eternidad”. Así lo expresa la Iglesia en sus oraciones.

Sabemos porque tal vez hemos sido educados en una familia cristiana, con la Primera Comunión y los sacramentos consiguientes. Es posible que tengamos una vida sacramental, una asistencia a la misa dominical y una lectura permanente de los Evangelios.

Sabemos que afirmar la Divinidad de Jesús sin profundizar su Humanidad lleva a una religión aséptica, que ignora los problemas de la justicia y la verdad.

Tal vez intuimos o sabemos que en las Bienaventuranzas del Evangelio se entrega un proyecto interesante de vida, lo cual trae grandes consecuencias para la vida y para la sociedad humana.

SE REQUIERE VIVIR LO QUE SE PIENSA

Saber no basta y es iluminadora la historia del Rabino y su hijo, quien estudiaba para llegar a suceder a su padre, aunque poco le hablaba de sus estudios.

La noche de su graduación, el gran Rabino pidió verlo en su despacho."Hijo, ¿sabes por qué me he mantenido en silencio?", le preguntó el rabino. "Has conseguido grandes cosas en tus estudios y prometes ser un gran erudito. Pero mientras te observaba, mi tristeza me decía que estabas desperdiciando algo. Es verdad que podías recitar de memoria y en hebreo las Escrituras, pero cuando las narrabas, tu voz no era el eco del grupo del pueblo. Dominabas los comentarios y las tradiciones de la Misdrás pero cuando investigabas el significado de nuestras Escrituras, no mostrabas ningún sentimiento de dolor y confusión por nuestro pueblo que anhela volver de nuevo a su hogar en paz. Yo callé durante tus largos meses de estudio para que aprendieras, -a través del sufrimiento propio de tu corazón- la gran compasión de Dios que da sentido a estos hechos".

El hijo del Rabino era un estudiante de Dios, pero no era un aprendiz del Señor

Esta historia del hijo del Rabino sucede de igual manera con muchos cristianos en quienes la fe es algo solo intelectual y de conceptos. Es una fe no cultivada en la cual no se busca **un** crecimiento verdadero. Nunca debería olvidarse el pensamiento de Santa Teresa de Ávila: "Lo que no crece, decrece".

A Jesús se le conoce lentamente, a veces se le teme, y finalmente se le quiere, pero si Él no ha llegado al corazón, no seremos seguidores reales del Señor.

El corazón de Jesús es de ilimitadas proyecciones y es necesario conocerlo y amarlo con los ojos de la fe, con los ojos del corazón. No bastan las ideas. Qué poco servirá la Eucaristía si no es para "cristificarnos" y para que Él viva en nosotros.

Se requiere unir la fe con la vida, con lo intelectual y con la sensibilidad. Así podremos conocer y amar de verdad a Jesucristo. Cuando no se vive lo que se cree, se termina pensando lo que se vive.

Esta realidad, más común de lo que se percibe, es un drama religioso y es el peligro de una formación basada principalmente en lo intelectual, que no llega a la vida.

EL CRISTO TRINITARIO

Alberto Hurtado predicaba mucho sobre la necesidad de mostrar al “Cristo completo”.

Deseo presentar este tema a través de una experiencia personal de muchos años: Jesucristo era fundamental y prediqué y escribí sobre Jesús. Al Espíritu Santo lo tenía implícito; pero no proyectado a la vida. Después de dar el sacramento de las confirmaciones durante muchos años, entendí visceralmente que Jesús sin el Espíritu estaba incompleto.

No se entiende el Cristo completo mientras no se profundice en su relación con el Espíritu Santo y con el Padre. La Trinidad no puede subdividirse y el Espíritu anima toda vida del Señor en su obediencia a la voluntad de su Padre. Decir que “Dios es Amor” significa posibilidad de amar y de ser amado, o sea, al menos deben haber dos personas y Dios es Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Hace muchos siglos atrás, San Ireneo escribió sobre “las dos manos de Dios”, es decir, el Padre tiene al Hijo y al Espíritu. Son sus dos manos. Si la Iglesia sólo predica al Cristo y no lo hace de igual manera con el Espíritu Santo, corre el riesgo de caer en una rígida uniformidad y puede quedar estancada si le falta la vida y el amor dinámico del Espíritu. Este error teológico se llama “cristomonismo”.

Al no asimilar que Dios tiene dos manos, nos quedamos sólo con Cristo. Los orientales afirman que nosotros no hemos asimilado al Espíritu Santo y que la Iglesia sólo se quedó con

Cristo, ignorando la acción y las maravillas del Espíritu.

Poco se ha pensado sobre esta denuncia contra la Iglesia de Occidente en la cual debemos incluirnos.

Cuando se ignora en la práctica al Espíritu, la Iglesia tenderá a una mayor uniformidad y rigidez.

Cristo es principio de unidad y el Espíritu Santo lo complementa porque es principio de la multiplicidad.

Qué importante es unir las dos manos de Dios y que nunca las separemos.

La rigidez excesiva y la dificultad de asumir los cambios necesarios están en que hemos mutilado al Cristo y no vivimos en el Espíritu.

SEGUIR A JESÚS

Jesús es mucho más que una idea y Él es Vida que comunica vida en quienes lo han descubierto y amado.

La acción de Dios es lenta y respetuosa de la libertad del hombre. Son diversas etapas y tiempos de la vida. Jesús es quien lleva este proceso, siempre que lo permitamos. Él nos pidió: "Buscad el Reino de Dios y su Justicia. Lo otro vendrá por añadidura".

Alberto Hurtado vivía, especialmente durante su última enfermedad, profundamente invadido y centrado en Jesús. Para él, vivir era Cristo. Allí había un amor auténtico y maduro que traspasaba las fronteras de lo intelectual. Él había asumido que "Cristo es nuestra Paz".

La fe es una apertura total del hombre por acoger a Alguien, al Señor Resucitado. No se trata sólo de acoger una doc-

trina o un código moral, o una institución o un cierto sistema ideológico.

La fe es mucho más que un tranquilizante. La fe no es una ideología para solucionar problemas, es un Alguien a quien seguir, con quien intimar, al cual imitar. La fe no es un punto de llegada y descanso, es un recomenzar desde otro punto de vista y con Otro, el camino de la vida. La fe es un diálogo con Alguien a quien se tiene amor y deseos de encontrarlo cada día más.

La fe tiene proyecciones con la realidad, con la vida y con el mundo de hoy.

No es alienación, no es pasividad ni resignación. Es vivir, y ser consecuente con lo que se piensa y en quién se cree.

En esta línea nace el **discípulo misionero**.

Los primeros apóstoles, después de la multiplicación de los panes “siguieron a Jesús”, Mateo 14,13 al 22 y así vivieron con un corazón de discípulo en quien “cada mañana se despabila el oído para que escuche como un iniciado”. (Isaías 50,4).

Es un “iniciado”, discípulo de Jesús el único Maestro, y anuncia su Reino para “que todos los pueblos sean mis discípulos”. Mt 28,19. Busca apasionadamente descubrir el Reino de Dios “que está dentro de nosotros y que ya ha llegado”.

El cristiano no es el que sabe sino el que aprende siempre y que ha entendido que Jesús quiere ser aceptado sin reservas y que abandona todo para seguirlo, en un llamado a la radicalidad y al desapego de las riquezas. Pidió al joven rico dar sus bienes a los pobres para seguirlo, pero el joven tuvo miedo y se fue “entristecido”, Mt 19,21-22. “No se puede servir a dos señores” Mt 6,24, y “Donde está el tesoro allí está el corazón”. (Mt 6,21).

Él pidió tener “un corazón de niño” Mt 18,3 y de entrega total: “no será digno de mí el que no tome su cruz y me siga”, Mt 10,38. Es “el amor crucificado”, como repetía uno de los mártires de Argelia.

La gracia de Dios hace posible lo que parece increíble e imposible. Seguir a Jesús lleva al sentido del servicio al hermano, a la justicia, a la solidaridad y al compromiso con todo lo humano, como lo hizo y enseñó el Señor.

Seguir a Jesús es aceptar ser su discípulo, reconociendo que Él es el único Maestro y Señor. Es aceptar el sentido del Evangelio y el mensaje de las Bienaventuranzas.

Seguir a Jesús llevará a entender su misericordia con los pecadores y el amor por los pobres. El discípulo se hace misericordioso y luchará por la justicia social y por la dignidad de toda persona.

El seguidor de Jesús entenderá el estilo de quien creyó “en los medios pobres”, o sea en la pobreza, en el amor, en la humildad, y estará lejano del éxito buscado con desesperación, del poder que suele matar la vida. No creará mucho en “la farándula” y en la propaganda excesiva de los medios de comunicación.

Buscará la justicia social, no viajará ni vivirá en primera clase porque jamás Jesús lo hizo y tratará de servir como el Buen Samaritano.

Pagará salarios justos y será limpio en sus negocios. No explotará a nadie y jamás humillará a ningún hijo de Dios.

Corriendo los riesgos de no ser comprendido, luchará por la liberación integral de las personas y por la libertad, la gran vocación de los cristianos.

Vivirá con sobriedad. No estará de acuerdo con el de-

roche y la suntuosidad de algunas mansiones.

Tenderá la mano en forma silenciosa tratando que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. El seguidor de Cristo, como decía Rogers Shutz, debe revestirse con “el traje del perdón” y saber perdonar siempre.

Quien sigue a Jesús tendrá en su corazón “los sentimientos de Cristo”, será una persona con un corazón cristiano y tratará de entender el Misterio de la Cruz y que sigue a un Señor Crucificado. Asumirá sus cruces, grandes y pequeñas, para unir las a la Cruz de Cristo.

Existen muchos seguidores fieles de Cristo y esa es una de las grandes alegrías de la Iglesia.

Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Teresita de Lissieux, Alberto Hurtado y tantos otros santos, muchos de ellos anónimos, constituyen el corazón de la Iglesia y son testigos de esta realidad.

Es necesario descubrir tantas semillas de esperanzas y no sólo quedarse en las zonas oscuras, sin sol.

Seguir a Jesús significa trabajar por el Reino de Dios, la gran preocupación del Señor. La idea del Reino está integrada de tal manera a la personalidad de Cristo, que un verdadero seguidor vivirá orientado “por amor al Reino de los Cielos”.

“Ustedes han oído que fue dicho: “amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”. Pero yo les digo: “amarás a vuestros enemigos y recen por quien los persigue”. (*Mateo 5. 43 - 44*).

El amor al enemigo, lo cual es mucho más que el perdón, es la orientación más original que muestra Jesús en el Evangelio.

Quien sigue a Jesús no puede ignorar esta enseñanza. Él dio el ejemplo en la cruz “Perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Es un llamado a la vida heroica del perdón que lleva al amor.

Así lo ha entendido la Iglesia y quienes han vivido esta maravillosa doctrina. Recuerdo al sacerdote Juan Alsina, quién fue fusilado por los militares, el 19 de septiembre de 1973. Al intentar el soldado colocarle una venda en los ojos como es habitual, el sacerdote se negó y le dijo a su verdugo “no deseo esta venda, quiero verte para poder darte el perdón”. Fue un ejemplo de un testimonio de fe y amor cristiano.

Quien sigue a Jesús será misionero porque Él es el gran misionero y porque es imposible seguir al Maestro sin anunciar y testimoniar que Él es el Salvador.

A MARÍA POR JESÚS

Pensar en Jesucristo e intentar seguirlo lleva necesariamente a la Virgen María. Ella es la Inmaculada Concepción y es la Madre de todos nosotros.

María es demasiado importante porque es la Madre del Redentor, quien en el texto de la Anunciación muestra toda su santidad y belleza.

Siempre he escuchado en la vida de la Iglesia que “a Jesús se va por María”, pero, a modo más personal, he buscado a María por medio de Jesús. Me he sentido un tanto diferente porque se escucha con tanta frecuencia “a Jesús por María”. Me sentía extraño hasta que encontré que un clásico de espiritualidad, el abad benedictino Don Columba Marmión, explicaba este camino para su vida interior.

Sigo creyendo que es un buen camino. El amor a Jesucristo lleva a su Madre por lo que Ella significa para Jesús

y para nosotros. Esta manera de entender la devoción a la Virgen puede clarificar a muchos cristianos.

Ayudará a muchos a encontrar una veneración mariana con otras características a las que escuchamos todos los días. Es una manera distinta de vivir el amor a la Virgen y es saludable para toda la Iglesia mostrar diferentes caminos. Amar a Jesús significa amar a María. Ella es una mujer humilde, sencilla, que vive en soledad, en atenta escucha a su Señor y Dios quien entra profundamente en su corazón. Es allí donde Ella lo descubre, es allí donde se hace Madre, Madre de Dios y de toda la humanidad, y desde lo imposible surge lo posible.

El don de la oración que la Madre de Dios cultiva desde su humanidad la transforma en una mujer firme ante las lógicas dudas de José; decidida en la noche de Belén; obediente en la presentación de su hijo en el templo; confiada cuando el hijo se pierde; valiente y generosa al aceptar la crucifixión de Jesús y su maternidad extendida a toda la humanidad.

María es quien nos regala a Jesús desde la Encarnación hasta la Cruz, y Jesús es quien nos regala a su Madre a todos los hombres y mujeres, de todos los tiempos y lugares.

Personalmente le tengo gran cariño a María y he logrado entenderla mejor al profundizar en el amor a Jesucristo.

He intentado mostrar algunas vivencias sobre la persona de Jesús sabiendo que en Él existe una riqueza que nunca podremos expresar.

Estas páginas no pretenden ser un tratado sobre Cristo, es decir un texto sobre "cristología". Es sólo una presentación que quiere comunicar que la fe no puede ser algo solamente intelectual y que el Espíritu Santo y Jesús son inseparables.

He pretendido esbozar al seguidor de Jesús quien, por consecuencia, debe ser un misionero y testigo del Evangelio.

He escrito sobre un posible camino para llegar a la Virgen María y abrir una puerta a quienes no se sienten bien interpretados por el camino que se ha establecido como el único camino.

Son vivencias y resultado de años intentando ser fiel a Jesús y a la Iglesia.

Me hubiera agradado mostrar mejor al rostro de Jesús, "el Bienamado", como decía el Padre de Foucauld; pero es bastante sabio decir: "se hace lo que se puede"

Preguntas:

¿Me considero estudiante o aprendiz de Dios?

¿Jesucristo en mi vida está unido al Espíritu Santo?

¿Cuándo me he sentido discípulo y misionero de Jesús? ¿Qué dificultad he tenido?

¿Cómo me relaciono con la Virgen María y qué significado tiene Ella en mi vida?



Manuel Larraín, Carlos González (1966)

CAPÍTULO III

**CREO EN EL
ESPÍRITU SANTO
Y EN LA IGLESIA
CATÓLICA**

Recibí el regalo de la fe en la Iglesia Católica, apoyado por mi familia cristiana y por un buen colegio, San Ignacio, orientado por los PP. Jesuitas. Recibí la influencia directa del P. Hurtado, primo hermano y padrino de bautismo. He asumido el credo de nuestra Iglesia aunque es posible pensar que Poncio Pilato está fuera del contexto. Me imagino que está nombrado para indicar el momento histórico en que vivió Jesucristo.

Dios es Amor, Jesucristo es el amor de Dios Encarnado y el Espíritu Santo es el Amor del Padre hacia el Hijo.

LA VIDA EN EL ESPÍRITU.

El Espíritu tiene muchos títulos: “Abogado”, “Defensor”, “Alma de la Iglesia”, “Río de agua viva”, Juan 7,38; pero falta profundizar “la vida en el Espíritu”.

San Pablo afirma que “quienes llevan una vida puramente natural, según la carne, no pueden agradar a Dios”, “El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Dios”. (*Romanos 8. 5 al 27*).

El Espíritu suele ser gran desconocido porque no tiene rostro ni figura. Su presencia pasa desapercibida para quienes no tienen el oído atento al no haber una vida de oración.

Él es “el abogado, el Defensor” quien “nos trae toda la verdad” y nos lleva a vivir la vocación cristiana a la libertad, a la cual se tiene algún temor y desconfianza.

“La verdad hace libres”, Juan 8,32 y el Espíritu Santo ilumina para encontrar la verdad, pero “cuidado con tomar la libertad como pretexto para servir a la carne, antes sírvanse uno a otros”, Gálatas 5,13. Se requiere educar para la verdadera libertad no para el libertinaje. No se puede renunciar a la creatividad y tampoco a la obediencia.

Jesús lo envió para ser el alma de la Iglesia y para que vivamos en el régimen del Espíritu. Como ya está expresado en el capítulo anterior, el Espíritu Santo es una de las dos manos de Dios. La otra mano es Jesucristo.

El Espíritu vivifica la Iglesia, endereza lo que está torcido, sana las heridas, riega lo que está seco y limpia lo que está manchado. Por eso Jesús dijo a los Apóstoles “Reciban el Espíritu Santo y quedará perdonado lo que ustedes perdonen y quedará retenido lo que ustedes retengan”. (*Jn 20, 22-23*).

Tal vez todos percibimos actitudes rígidas y poco humanas en los demás y en nosotros mismos. Parece que no hemos comprendido esa luz y ternura que trae el Espíritu.

Llegó el día de Pentecostés en figura de lenguas de fuego. Allí estaba la Virgen María, la mejor oyente del Espíritu. Las llamas traen fuego, calor, iluminan y nos llevan a arder en el amor de Dios.

El Espíritu Santo trae siete dones, entre los cuales se destacan la sabiduría, la fortaleza y el don de aconsejar. Qué importante es caminar guiados por los siete dones; pero la gran mayoría camina guiado por las virtudes, a base de empeño y voluntad, a veces con mucho sacrificio.

El Cura de Ars decía que el Espíritu Santo es “la carroza del Buen Dios”, pero que la gran mayoría “camina a pie”. Se refiere a la diferencia entre los dones y a las virtudes. Virtud significa fuerza y está basada en el esfuerzo humano más que en el poder y la gracia de Dios.

Pentecostés fue precedido de un fuerte viento y Jesús había anunciado a Nicodemo “El Espíritu es como el viento, no se sabe de dónde viene ni para dónde va”. (*Jn. 3,8*).

La vida en el Espíritu nos permitirá encontrar ese “nuevo ardor”, esos “nuevos métodos” para llegar a la Nueva Evangelización, predicada por Paulo VI y Juan Pablo II.

“Todo será perdonado, menos el pecado contra el Espíritu”, Mt 12,31-32, dice Jesús, y muchas veces he pensado que el gran pecado actual de millones de personas es no orar y no buscar el rostro de Dios.

Vivir en el Espíritu es abrir el corazón y escuchar su voz, sus sugerencias, sus tiempos y sus silencios. Él es el “principio vital” de la Iglesia.

Nunca podemos olvidar que “son hijos del Espíritu (*Rom 8,14*) los que son guiados por el Espíritu” y que el Espíritu trae paz, alegría y esperanza. (*Gal 5,22*).

Existe “la fuerza del Espíritu” y “Dios da el Espíritu Santo a los que se lo piden”. (*Lc. 11,13*).

Pienso que la devoción al Espíritu Santo no siempre ha sido bien orientada. El sistema de “las novenas”, que es usual en la Iglesia, no siempre ayuda a la permanencia. “La novena” es un apoyo siempre que esté insertado en una globalidad. Recuerdo los años de Seminario y la fiesta de Pentecostés. Había una novena con buenos predicadores, pero el Espíritu Santo quedaba archivado hasta el próximo año.

IGLESIA MISIONERA AL SERVICIO DEL REINO DE DIOS

La Iglesia, "Pueblo de Dios", nace en Pentecostés por la acción del Espíritu y en conjunto con Jesús.

Misión es una palabra que forma parte de la identidad de la Iglesia, destinada a servir al Reino de Dios, servir al mundo, servir a los pobres.

"Su naturaleza es anunciar la Palabra de Dios, celebrar los sacramentos y servir en el amor. Son tareas que no pueden separarse y que se complementan" (Benedicto XVI).

La Iglesia es la prolongación de Cristo en la tierra: evangeliza, da testimonio y muestra el camino hacia el Padre con una visión de eternidad. "Bajo la acción del Espíritu Santo, no deja de renovarse a sí misma" (L.G. 9).

La Iglesia ha sido y será un tema de discusión. Se censura a la institución, a los obispos y sacerdotes: "Creo en Cristo, pero no en la Iglesia", "No creo en los curas".

La razón de tantas críticas se basa en que está formada tanto por santos como por pecadores. Por no entender esta realidad, es que algunos se alejan de la Iglesia, ya sea oficialmente, ya sea en silencio.

El pecador y el santo son dos partes, dos piezas del mecanismo de la cristiandad. Dos piezas que se complementan mutuamente. De un cristianismo que jamás será desmontado.

"El pecador tiende la mano al santo, y el santo tiende la mano al pecador".

Aquel que no entra en el sistema, el que no da la mano, ése no es cristiano, ése no tiene ninguna competencia en materia de cristiandad.

Y ambos, juntamente, el uno con el otro, el uno arrastrando al otro, llegan a Jesús formando una cadena de dedos indesatables.

“La Iglesia es santa y pecadora, y en cada uno de nosotros hay un santo y un pecador”.

La Iglesia tiene un cuerpo cuya Cabeza está coronada de espinas, lo cual repercute necesariamente en todos los cristianos y le da sentido a nuestros problemas y sufrimientos.

Esta dicotomía entre santos y pecadores sólo la redime la persona de Jesús.

Si la Iglesia vive centrada en sí misma, en lo que se llama “eclesiocentrismo”, ya no es la Iglesia de Jesús. Siempre existirá esta tentación que se debe rechazar con energía y valor.

La Iglesia, si quiere ser fiel a Jesús, debe vivir en un servicio permanente al Reino de Dios, al Mundo y a toda la Humanidad.

Jesús es el Reino, y su misión esencial en la tierra es instaurar y construir el Reino en medio de los hombres: en el Evangelio, la idea del Reino aparece 112 veces.

Jesús dijo: “El Reino de Dios está entre ustedes”, “Pero, sobre todo, el Reino se manifiesta en la persona misma de Cristo Hijo de Dios e Hijo del Hombre, quien vino a servir y a dar su vida para la redención de muchos” (Concilio Vaticano II. L.G.Nº5).

El Reino se está construyendo y se va desarrollando en forma silenciosa con dificultades, mezclado el trigo con la maleza. “Solamente Dios y el Reino son absolutos y todo el resto es relativo” (Paulo VI).

Jesús deja a sus discípulos la tarea de continuar su construcción. Para Él, el Reino de Dios fue central en su misión, y

para la Iglesia ésta es su tarea fundamental.

“Por esto la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino” (L. G. 5).

La Iglesia es de por sí misionera y presenta una nueva manera de vivir y ser solidario. Es la semilla del Reino que es necesario cuidar y hacerla crecer. Jesucristo es la Puerta para entrar al Reino. Las llaves de la Puerta las tiene la Iglesia. Iglesia y Reino son inseparables.

El Papa Paulo VI manifestó su preocupación por una cierta separación que algunos hacían entre Cristo, la Iglesia y la Evangelización. Dijo: “Existe por tanto un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la Evangelización... es ella la que tiene a su cargo la tarea de evangelizar. Una tarea que no se cumple sin ella, ni mucho menos contra ella”. Decía que algunas personas pretendían “amar a Cristo pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia”. Lo absurdo de esto, decía, lo muestra el Evangelio: “el que a ustedes desecha, a Mí me desecha” (Evangelii Nuntiandi, N° 16).

El Espíritu Santo iluminará para entender el “Misterio de la Iglesia” que vive en medio de las tensiones, de los cambios culturales, asumiendo el presente y mirando al futuro.

“La Iglesia de Pentecostés es una Iglesia de cristianos en búsqueda, peregrinos que viven en la esperanza. Es la Iglesia abierta a las Sagradas Escrituras y al tiempo en que se vive.”

Los obispos de Latinoamérica en Medellín, Colombia, querían “una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida”.

da con la liberación de todo hombre y de todos los hombres”. Era el año 1968.

La Iglesia vive en permanente éxodo. Si los pastores olvidamos esta realidad de siempre, el Pueblo de Dios se instalará muy rápidamente en lo establecido, en el mal sentido de la palabra. Es posible que venga, no sé a qué plazo, un segundo exilio, semejante al que aconteció con el Pueblo de Israel.

Vamos bajando en número y “ya los campanarios y las campanas no regulan la vida los pueblos” (Paulo VI). Las viejas seguridades se están derribando y se requiere buscar respuestas nuevas a problemas nuevos. Sólo será el Espíritu Santo quien mostrará esas respuestas. “Las respuestas antiguas no sirven para problemas nuevos” (Cardenal Hume).

Siempre construir el Reino será conflictivo porque defender la vida trae problemas y, en tiempos de Jesús, los enemigos de la vida eran los hombres de la religión de ese tiempo, quienes estaban con la ley. Por la ley mataban la vida. Jesús estaba por la vida y vino a traer “vida en abundancia”, Jn 10,10 y por eso, ellos “resolvieron quitarle la vida”. Para los fariseos, el Reino estaba por venir; para Jesús, el Reino había llegado. (Jn 11,53).

En los tiempos de Jesús los hombres religiosos temían perder el poder y estaban centrados en el templo y en la ley. Esperaban al Reino para imponer la ley sobre el pueblo.

Jesús, por el contrario, trae vida “da libertad a los oprimidos, rompe las cadenas y da la buena noticia a los pobres”. (Lc 4.18). Quiere dignificar toda vida humana y está contra la hipocresía.

Los fariseos, siempre existen. La búsqueda de poder y la ambición llevan al legalismo, más que a crear fuentes de vida.

Es fácil “colar mosquitos y tragar camellos”. (*Mateo 23*). Es más fácil quedarse en los detalles sin ver los grandes problemas que originan los conflictos. Suele suceder que no buscamos la raíz y nos quedamos en las ramas.

Jesús muestra el poder al servicio de la vida y “nada separa tanto de Dios como la piedad segura”. escribía Joaquín Jeremías.

El Reino de Dios es un proyecto de vida que nunca será entendido por los orgullosos, los prepotentes y los ricos que no tienen corazón de pobre.

El capítulo 13 de San Mateo muestra el espíritu y el estilo del Reino, y ese es el sentir de la Iglesia fundada por Jesús.

Es una utopía, es el mundo al revés, pero las Parábolas en su conjunto son la explicación del Reino de Dios y revelan el rostro misericordioso de Dios, el cual ya no es una amenaza ni un castigo para nadie. Revelan al buen samaritano compasivo, al padre del hijo pródigo que da perdón, al pastor que busca la oveja perdida.

“Los pecadores y publicanos se acercaban a Jesús para escucharlo” y el Reino de Dios muestra el rostro de Dios impregnado de Amor y no a ese Dios castigador que aleja a tantas personas de la Iglesia.

El Reino de Dios ha sido redescubierto con mayor fuerza en los últimos siglos. Éste es un hecho de gran importancia para la Iglesia. Es del Reino encarnado en la vida, en los conflictos, en las personas y en todo lo humano. Es el camino para llegar a una religión que trae paz y libertad.

Existen personas “espirituales” que son buenas porque evitan todo conflicto. Tener las manos limpias puede llevar a no tener manos.

LA IGLESIA QUE YO SUEÑO

La Iglesia es una y la división entre Iglesia institución e Iglesia del Espíritu es falsa y peligrosa.

La Iglesia siempre será el Cristo extendido y comunicado, es la Iglesia misionera y al servicio del Reino y del Mundo. De otro modo, no sería la Iglesia de Jesús.

Al celebrar 60 años de sacerdocio, repetí lo que soñaba un obispo amigo:

- “Deseo una Iglesia que escuche antes de hablar, que acoja en lugar de juzgar, que perdone sin querer condenar, que anuncie más que denunciar. Esa es la Iglesia de la misericordia”.
- “Sueño con una Iglesia donde el Espíritu Santo se sienta invitado y acogido. Donde todo no esté previsto y decidido de antemano. Esa es la Iglesia abierta y receptiva. Pienso en una Iglesia donde la audacia de hacer cosas nuevas sea más fuerte que la costumbre o la rutina”.

Esa es la Iglesia de los santos y de los pecadores que tienen como “hilo dorado” a la persona de Jesús, quien da seguridad y alegría.

Es la Iglesia que se preocupa de formar conciencia y corazones cristianos, sabiendo que las leyes morales se acatan cuando hay vida de fe y una formación seria.

Alberto Hurtado escribe:

“ El católico acepta y ama a la Iglesia tal cual es, porque para él es revelación de la santidad, de la justicia, de la bondad de Dios... . Aún si está cubierta de polvo

tras largo andar, si su paso es pesado, si está agobiada de fatiga, si su rostro está triste por la inquietud y la miseria —es Ella, sin embargo, su madre— En su mirada brilla la vieja fe. En su corazón arde el viejo amor. Su mirada imparte siempre la antigua bendición”.

Esa Iglesia siempre intentará esconder su vejez y buscará caminos nuevos inesperados. Tendrá tiempos luminosos y momentos de oscuridad y de desaliento.

Es la Iglesia del Arzobispo Juan Ignacio González, quien dispone que “ordinariamente, la predicación dominical no pase de diez minutos”. Lo escribe en noviembre de 1908 y sigue vigente. Tal vez está olvidado en los archivos; pero no ha sido abolido... .

Es la Iglesia de Manuel Larraín, quien “nunca fue una muralla y siempre fue un horizonte”.

Son muchos los hombres y mujeres de Iglesia que han superado el peligro de la paralización que hace tanto daño, trae angustia y desesperanza.

Sueño con una Iglesia en la cual la Eucaristía sea cada vez “el sacramento de la unidad”, porque lleva a una mejor cercanía con Jesús. De allí viene la fuerza para entregar la Palabra de Dios con valor y honestidad. De allí nace la fuerza para servir al mundo actual y dar luces acertadas a lo que sucede.

Nunca es demasiado tarde: estamos siempre en la hora de Dios, porque la hora veinticinco aún no ha llegado.

Sueño con una Iglesia cada día más respetuosa de la dignidad humana, en la cual todos somos hijos de Dios, que no haya diferencias entre poderosos y pobres, entre el hombre y la mujer, entre los más inteligentes y los limitados.

Los ejemplos de los santos canonizados en los últimos

años muestran la realidad de hombres y mujeres que irradian luz, esperanza y alegría. Son los santos “contentos”, bastante mayor en número de lo que parece; pero que viven en silencio, adorando a Dios y sirviendo a quien pasa por su camino. Son los santos que ayudan porque, en lugar de presentar “una iglesia de autoridad”, muestran una “iglesia de comunión,” lo cual es muy diferente.

Me ha impresionado un pensamiento del Cardenal Ratzinger: “La percepción del cristianismo como algo institucional y no como un encuentro en Cristo, ha llevado al hecho de que hoy día el cristianismo deje de verse como una fuente de alegría” (2004).

A veces parece que lo institucional es demasiado fuerte y ahoga al Espíritu. Percibo que “el amor primero” está amenazado por las estructuras y por la maquinaria de la organización.

Sueño con una Iglesia cada día más semejante al Buen Samaritano, al Peregrino de Eamús, a Jesús que es Camino, Verdad y Vida.

Deseo terminar estas reflexiones con una historia mejicana:

“Un indio mejicano hacía canastas extraordinarias, con colores sacados de la selva. Llegó un turista norteamericano y le propuso instalar una industria para vender canastos en USA. El mejicano le respondió: “Hay otra cosa que tal vez no sabe. Tú sabes, señor y caballero, tengo que hacer estas canastas a mi modo y con mi canción de pedacitos de mi alma tejidos en ella. Si hiciera muchas, ya no estaría mi alma o mis canciones en cada una de ellas. Cada una sería igual a las otras sin ninguna diferencia, y eso me comería el corazón poco a poco. Cada una tiene que ser otra canción que oigo en la mañana, cuando sale

el sol y los pájaros empiezan a cantar y las mariposas vienen a pararse en mis canastas, para que yo pueda ver una belleza nueva. Porque tú sabes, a las mariposas les gustan mis canastas y sus colores bonitos, por eso vienen y se paran y puedo hacer mis canastitas con ellas”.

El indio mejicano tejía sueños del alma, poemas no cantados. Era creativo y original. Nunca había fabricado dos canastas iguales y cada una era una obra de arte.

Así quisiera ver a mi Iglesia, más creativa, con diversos matices y con pensamientos diferentes y unidos en la verdad.

Las canastas eran originales, en ellas había belleza y armonía. Sueño con una Iglesia en armonía y con personas cristianas centradas en lo fundamental; pero con posibilidad de pensar diferente en lo que es accesorio. Se requiere de canciones diferentes que enriquezcan la globalidad. Esto será más posible en la medida en que se escuche mejor la voz y la acción misteriosa del Espíritu Santo.

ALGO DE LO QUE HE VISTO

Existió un historiador alemán, Ludovico Pastor, fallecido en 1928, de gran inquietud por la verdad.

El Vaticano le entregó los archivos de la Iglesia en el tiempo del Renacimiento y así escribió “La Historia de los Papas”, la cual leí casi en su totalidad, eran cerca de cuarenta tomos en español.

Allí conocí la historia de Papas muy conflictivos: Alejandro VI, Julio II y León X. Así entendí que la Iglesia es divina porque, con tantos errores humanos, no habría podido seguir existiendo sin una especial protección de Dios.

La Iglesia es un permanente milagro en el cual lo frágil aparece con frecuencia y la luz de Dios surge después. Es una historia de fragilidad y de grandeza.

El tiempo de la obediencia ciega

Fui ordenado sacerdote el 23 de septiembre de 1944. A la semana siguiente me llegó una carta del Arzobispado de Santiago con un decreto. Por éste, era nombrado Vicario cooperador de la Parroquia San Joaquín, comuna de Renca. No conocía la parroquia y jamás había visto al párroco, quien resultó ser un sacerdote extraordinario. Se llamaba Rafael Larraín.

No hubo ninguna conversación porque la palabra diálogo era bastante desconocida. Obedecí y fue una bendición de Dios. Después, fui nombrado Asesor Nacional de la Juventud Obrera (JOC) y trabajé con alegría en la formación de algo nuevo, hasta que un día mi jefe, el Obispo Auxiliar de Santiago, me dijo: "No lo soporto más por su ironía y su modo de plantear el tema de los obreros. Le ruego presentar la renuncia".

Agradecí la franqueza y fui enviado a fundar una parroquia en un barrio conflictivo. La Iglesia me entregó un terreno para el templo y así inicié una etapa nueva. A la parroquia le puse por nombre "Cristo Crucificado".

Creo que no hubo ninguna reacción negativa, acepté la orden del Obispo porque el sentido de obediencia era fuerte y decisivo.

Algunos años después se ordenó un sacerdote, en un país vecino, y al preguntarle, según el ritual, si prometía obedecer al Obispo y a sus sucesores, él respondió: "Prometo obediencia en diálogo". Habían cambiado los tiempos y la obediencia ciega es-

taba algo cuestionada y el testimonio era más valorado que las palabras.

El Concilio Vaticano II. (1962 a 1965)

Fue un milagro de Dios convocado por el Papa Profeta, Juan XXIII, el cual abrió las ventanas, llegó aire fresco y la crisis de rebeldía tomó otra dirección y otro estilo.

Fue llamada la "Primavera de la Iglesia" y surgieron indicios que el laicado iba a ir asumiendo responsabilidades, lo cual fue razón de mucha esperanza.

Tiempos de la rebeldía. (1966 a 1973)

Llegaron nuevos tiempos y nuevas ideas. En la mitad del Gobierno de Eduardo Frei Montalva, yo era Obispo de Talca, y la situación política resquebrajó la relación entre el Obispo y los sacerdotes, lo que culminó con "los cristianos por el socialismo", los cuales desaparecieron, aparentemente, con la caída del Gobierno de Salvador Allende, debido al Golpe Militar.

Se produjo el éxodo de muchos sacerdotes, quienes dejaron el ministerio hasta tal punto que se comentaba: "el último, que apague la luz".

Se decía que la razón estaba en el celibato; pero llegó el Gobierno de Augusto Pinochet y esta sangría disminuyó en forma notable, durante el Gobierno Militar, lo cual muestra al menos la complejidad de las causas por las cuales un sacerdote deja su ministerio.

La Iglesia durante el Gobierno Militar (1973 a 1988)

Es la Iglesia quien no hace alianza con el Gobierno Militar y entra en la defensa de los Derechos Humanos. Sucedió al constatar las torturas y los detenidos desaparecidos. La Iglesia recupera la confianza de los chilenos porque defendió a todos sin distinción de religiones o ideas políticas. Hasta hoy, me admira lo sucedido. Ya no hubo más crisis sacerdotales y la Iglesia fue respetada.

La Iglesia no tenía poder temporal, pero tenía la fuerza del Evangelio. El tiempo mostró que tenía la razón.

Más adelante

Finalizó el Concilio en 1965, murió Manuel Larraín en 1966 y un obispo dijo que había fallecido la brújula del episcopado de Chile.

No deseo dar juicios sobre lo actual porque sería un juicio inmaduro, no decantado. Es una época difícil, hemos sido invadidos por la técnica, por una cultura diferente y vivimos sorprendidos y perplejos.

En un capítulo posterior intentaré mostrar algunas respuestas a la realidad de la Iglesia con el Mundo.

Creo en mi Iglesia Católica, es mi familia, con sus cualidades y defectos. La actual perplejidad llegará a descubrir caminos nuevos; pero el tiempo es de Dios.

Preguntas:

Al proclamar el "credo" ¿He reflexionado lo que significa cada afirmación que aparece?

¿En qué forma integra mi vida lo que allí digo creer?



CAPÍTULO IV

VIDA DE ORACIÓN

“ Señor, enséñanos a rezar”. Es la petición de los Apóstoles a Jesús y es un tema que sigue vigente. No sabemos rezar.

Los cristianos necesitamos y aceptamos la importancia de la comunicación con Dios y sabemos que existen crisis de oración.

Actualmente falta vida interior y la oración no es bien comprendida. Prevalece la acción, la eficacia y el éxito, sin llegar a un buen equilibrio acerca de cómo debería ser.

En estas breves líneas deseo presentar algunas orientaciones.

LA ORACIÓN DE VIGILIA DE JESÚS

El Señor vive en diálogo con su Padre, y toda su vida está en profunda unión con Él y Él dice: “El Padre siempre está conmigo”, “Busca hacer su Voluntad”, “Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”. (Mt 26,39). Permanece en el Padre y el Padre en Él.

Oración y Vida en Jesús están totalmente identificadas

en una comunicación permanente con el Padre. "El Padre y yo somos uno", Jn 14, 7-12 y nos muestra diversos modos de orar: la oración de petición, la oración de agradecimiento, la oración del asombro, la oración del silencio. Siempre el Padre Nuestro será la mejor síntesis que Él dejó a su Iglesia.

En estas páginas sólo intentaré presentar la **Oración de Vigilia**:

El Señor oraba **antes** de los hechos importantes de su vida, "pasó la noche en oración" Lc. 6,12. Ciertamente había oración **después**, pero la oración tiene especial valor porque puede alterar los hechos. Jesús podría haber elegido otros discípulos y también huir de Getsemaní.

La oración de vigilia es abordar lo que viene. No es lo mismo que dar gracias por lo sucedido, aunque siempre es importante ser agradecido.

Una misión se asume después de una lucha interior. Se enfrenta al pasado y al futuro. El hombre del pasado desea continuar. El hombre del futuro busca respuestas. Existe una lucha interior y en Jesús la mayor expresión está relatada en su oración de Getsemaní, antes de su Pasión y Muerte en la Cruz.

Tiene miedo, pavor y suda sangre: "Si es posible, aparta de mí este cáliz". Sabe que se está cumpliendo lo anunciado por los Profetas, los que habían anunciado lo que vendría sin tener una agenda predeterminada.

En Getsemaní, Jesús entiende que ha llegado "la hora" que los profetas del Antiguo Testamento habían indicado.

Es el pavor a la tortura, al dolor, a la separación, lo cual trae consigo toda muerte. Es lo desconocido. Es un paso decisivo que significa compromiso total mientras el mundo, incluido los apóstoles, está adormecido.

Jesús, en la oración de vigilia encontró las energías para pronunciar el "Sí". Es un camino de muchas enseñanzas para nuestra vida de todos los días.

Es necesario recordar que la oración cristiana está dirigida al Padre y que en la Eucaristía todo está orientado al Padre. "Por Él, con Él y en Él, a Ti Dios Padre Todopoderoso." Esta oración está inspirada por el Espíritu Santo.

LA ORACIÓN DE SILENCIO DE LA VIRGEN MARÍA

Ella muestra el gran modelo de la oración cristiana. Se le anuncia que tendrá un hijo y Ella acepta lo que vendrá. "Hágase en mí según tu Palabra", Lc.1,38, le dice al Ángel en el momento de la Anunciación.

Recibe el aviso de que "una espada atravesará su corazón", Lc 2,35, y Ella vive esperando la hora de la Cruz.

En el Calvario, está junto con el Apóstol Juan y con María Magdalena. Habían pasado por el sufrimiento de Getsemaní y por la crueldad de los soldados romanos. Así, Ella llega al pie de la Cruz, sabiendo que la profecía de Simeón se está cumpliendo. Ella viene a dar amor, ternura y especialmente valor; con su presencia encarna la *oración del abandono* en las manos de Dios. Sabe que Jesús muere por amor a la humanidad y se asocia a ese sufrimiento, mediante una oración silenciosa, contemplativa y de esperanza.

María revela *la oración del silencio*, de la contemplación de quien se abandona en los brazos del Padre según la voluntad del Hijo, por doloroso que esto sea. Tal vez, por esta razón sus palabras pronunciadas en el Evangelio son escasas y necesarias.

Los Apóstoles entendieron después. Ella es una mujer que tenía sabiduría y paz, incluso frente a la Cruz. Es la Virgen de la Santa Esperanza, Madre de la humanidad y de nuestra Iglesia.

NUESTRA ORACIÓN

Los ermitaños tenían su estilo, los contemplativos tienen otro esquema, la oración del laico es diferente a la del sacerdote y el joven tiene una oración distinta al adulto y al anciano. El hombre y la mujer rezan de diversas maneras y es una equivocación intentar que todo sea uniforme o programado. Los sacerdotes mayores también tenemos una oración que poco se parece al modo de orar de los jóvenes.

Tiene gran valor la descripción de San Teresa de Ávila. Para algunos, orar es un esfuerzo semejante a sacar agua con un balde de una noria. Otros, sacarán el agua con un torno. Habrá regadío por acequias o será dejar caer la lluvia recibiendo al Espíritu Santo.

La oración verdadera está desligada del miedo porque es una relación de amor más que una imposición legal. Creo haberlo entendido, al menos intelectualmente hablando.

Con los años, he comprendido mejor que la meditación inicial no es oración, pero si es bien orientada, lleva a la oración del corazón y será una buena preparación para encontrarse con el Señor, aunque también puede ser una barrera entre Dios y el hombre si se queda sólo en el meditar, porque lleva a un camino cómodo y fácil, que queda en lo intelectual y no se traduce en la vida.

Se requiere perseverancia: "Buscad y se os abrirá, llamad y se os abrirá". (Mt. 7,7,8).

El deseo de orar nace de la fe y de la convicción de que no se reza para obtener dividendos. Se reza para Dios y no para sí mismo.

Es la oración de las manos abiertas donde el corazón está disponible para que Dios coloque o quite lo que Él crea mejor.

Me aferro a tantas cosas con los puños cerrados: a mis ideas, a mis cosas, a mi posición, a los amigos, a mi prestigio. Si abriera los puños, no habría desaparecido nada; pero mis manos estarían abiertas. Eso es rezar.

P. Brenman, maestro de novicios de PP. Jesuitas, dice:

“Después de un rato, si estoy dispuesto a permanecer con las manos abiertas lo suficiente, el Señor vendrá. Mirará y recorrerá mis manos para ver lo que tengo. Es posible que se sorprenda, ¡cuántas cosas...! Luego me mirará y me preguntará:

- ¿Te molestaría si me llevara algo?

Y yo contestaré:

- Por supuesto que puedes llevártelo, ¡para eso estoy aquí con las manos abiertas...!

Y quizás el Señor me mirará otra vez y me preguntará:

- ¿Te molestaría que pusiera algo más en ellas?

Y yo contestaré:

- Por supuesto que no.”

Éste es el núcleo de la oración. El Señor puede quitar o poner algo en las manos. Ningún otro puede hacerlo, pero Él sí. Él es el Señor. Yo sólo tengo que abrir mis manos y mi corazón y esperar lo suficiente para que el Señor venga.

Si no estamos abiertos y receptivos, ponemos trampas y tropiezos a la acción de Dios.

Orar significa despojarse de sí mismo, de las ideas preconcebidas entendiendo que Dios tiene caminos misteriosos y sorprendentes.

Es difícil vivir en un mundo visible para proyectarse a un mundo invisible, asumiendo que la oración está en la vida y es vida misma.

Rezar de verdad presupone un sentido de Dios y es más que un ejercicio de piedad o alguna manera de obtener ventajas para uno mismo.

Es entrega de amor sabiendo que a Dios se le conoce cada vez mejor por la oración.

No es un trabajo intelectual y consiste en una connaturalidad con el Señor. No rezamos para conocer más verdades de la fe.

Un amigo me decía: "No rezo porque Dios me arrincona y no quiero estar arrinconado". Le sacaba la vuelta a la oración y al final de su vida no fue feliz. Era un fugitivo en vez de un buscador.

Ayuda a entender la respuesta de Santa Teresita de Jesús cuando le preguntaron: "¿Qué le dice a Dios?" Y la santa respondió: "Nada, sólo lo quiero".

La atenta espera de amor lleva a la **verdadera adoración a Dios**. Es la más bella oración, es en apariencia inútil y gratuita. No es rentable.

Es la oración de la Virgen María, olvidada de sí misma y en contemplación. Es la oración de los santos, esos "hombres y mujeres transparentes que dejan pasar la luz de Dios".

En el Padre Nuestro se encuentra la oración de vigilia, la oración de petición y el abandono en las manos de Dios. Es la oración del Padre de Foucauld y es la oración de San Igna-

cio de Loyola y de otros santos que explicitaron el Padre Nuestro en una forma diferente.

La oración es movедiza, igual que la fe. Requiere ser renovada y creativa. Necesita ser adaptada al mundo actual y a los problemas humanos. Debe ser la oración de Jesús prolongada en nosotros. Será siempre el misterio del Espiritu Santo, el cual obra en nosotros y que nunca será entendido por quienes viven en la pasividad, en la dejación y en la mediocridad de un mundo superficial que razona poco y que evita reflexionar.

La oración es verdadera cuando lleva a la lucha por la justicia y por la verdad. Es la *oración comprometida con la vida* y con todos los conflictos de la humanidad.

Si son sólo palabras, si nuestra oración no está preocupada de lo que sucede en la actualidad y en todo lo que acontece, será aséptica y lejana. No es ese el querer de Dios.

TESTIMONIO PERSONAL

Ingresé al Seminario para ser sacerdote y, después de tres años de formación, asumí en forma responsable una opción por Jesús y realicé un acto de fe en la Divinidad del Señor.

Alberto Hurtado me decía: "Cada año lee una buena vida de Jesús". Así lo hice y fui recorriendo las diversas etapas del progreso y puedo expresar que deseo de verdad que Jesús sea el eje y el centro de mi vida

Intento colocar a Jesucristo como centro de la vida y sigo buscando como conocer, amar y vivir para mi Señor Jesús.

Existen muchas inconsecuencias y sé que este camino nunca se agota. Al final todo es misericordia y bondad de Dios.

Con el transcurso del tiempo he comprendido mejor que,

para orar no es necesario decir muchas palabras. En las edades anteriores se cree, tal vez demasiado, en el valor de las palabras multiplicadas, en las predicaciones largas, en tratar de convencer a los otros en lugar de esperar los tiempos de Dios para las grandes transformaciones. Entiendo que la religión no puede imponerse.

Cuando reces, no digas muchas palabras: "Que no seamos como los paganos que piensan ser escuchados por su mucho hablar". (Mt. 6,7).

Mi oración actual es más silenciosa, con mayor sobriedad, es más "monologista", es decir, de una sola palabra.

He entendido que el "verdadero silencio nunca hiera" y que crea zonas de paz en la cual la presencia de Dios es algo real: a veces tenue y sutil; otras, más invasora.

He meditado en diversas definiciones sobre lo que es la oración: "trato de amistad con Dios", "conversación de un hijo con su Padre", "perder el tiempo por Dios", "pensar en Dios con amor", "contacto vital de amor", lo cual no es algo intelectual ni de ideas.

A través de los años se van decantando las ideas y me he quedado con lo que expresa San Juan de la Cruz: "LA ORACIÓN ES UNA ATENTA ESPERA DE AMOR".

No es algo que se hace, es una relación que se establece. Siempre será única e irrepetible, como lo es cada ser humano. En este esquema, la oración es un derecho más que un deber.

No es un asunto de números de oraciones, aunque se requiere de algún orden mental y tiempos de oración.

Los resultados de la oración se conocen, generalmente, después y no cuando se está tratando de escuchar la voz de Dios.

Estoy convencido de que sin una vida de oración real no habrá una verdadera acción evangelizadora. Veo muchas “actividades”, pero que no siempre parecen el ser resultado de una vida de oración. Existen muchas decisiones en los escritorios o en las reuniones, pero suelo captar que falta esa vitalidad que da Dios en la oración.

Hubiera deseado presentar un testimonio sobre la oración comunitaria en el rezo del Breviario, la oración por la Iglesia. Hubiera deseado mostrar el valor de la vida de oración en comunidad.

Personalmente rezo todos los días el Breviario en sus diversas horas, también rezo el Rosario, pero casi nunca en comunidad.

Los sacerdotes y obispos suelen tener una vida de oración no compartida. No es bueno, pero es lo real.

La Iglesia, en todos los tiempos, ha insistido en el valor de la vida comunitaria y de la oración en común. Espero que siempre se reafirme estas orientaciones porque Jesús «les mandó de dos en dos» y no en forma individual.

La realidad indica que por razones de horario y actividades diferentes o por diferencias de edad o temperamento, no se logra llegar a lo que se pide.

Se necesita encontrar una respuesta, pero al menos por ahora, no aparece la solución realista.

LA ORACIÓN ESTÁ BOMBARDEADA, PERO NO DERROTADA: EL BOMBARDEO

El gran bombardeo viene del estilo y la forma de vivir de la sociedad actual. Se vive rápido, dentro de una cultura recibi-

da y poco internalizada. Todo está acelerado y se gastan, principalmente en las grandes ciudades, horas y horas sólo en movilización de la casa al trabajo y del trabajo a la casa.

El ruido es mayor que el silencio y el relativismo hace temblar a una buena escala de valores humanos y cristianos.

Hasta en el lenguaje se perciben los cambios. Tantas palabras a las cuales se les quita la última sílaba o que cambian de significado.

La agitación permanente, el afán consumista y de poder reduce la capacidad de orar.

Esto sucede en todo el mundo de hoy, en donde se busca desesperadamente la felicidad por no tener confianza en la vida eterna.

Al interior de la Iglesia, al menos en algunos países de América Latina, se percibe otro bombardeo silencioso e involuntario, pero muy demoledor.

Se mantiene una estructura eclesial desde hace muchos años, en la cual había abundancia de sacerdotes. Fue una realidad pero, actualmente, el bajo número de los consagrados está a la vista.

En la Iglesia mantenemos la misma estructura y como cuesta delegar a laicos, en especial al mundo femenino, sucede que la factura la paga la vida de oración.

“No hay tiempo para rezar”, “Tengo tanto trabajo”, “Estoy estresado y cansado” son palabras que se escuchan con frecuencia.

Es extraño, pero la estructura actual daña a tantos sacerdotes que fueron instituidos para “estar con Jesús” y dedicarse “a la oración y al servicio de la Palabra”, lo cual explica la

institución de los primeros diáconos, aunque parece que esas orientaciones no están muy vigentes hoy y en nuestra Iglesia es un problema que no está bien asumido.

LA ORACIÓN NO ESTÁ DERROTADA

El sentido religioso y la búsqueda de Dios son realidades inherentes al ser humano, en todas las edades y durante todos los tiempos.

Existe un “anhelo de Dios” que no se perderá jamás.

Es verdad que lo externo y con los estilos de vida no ayudan; pero siempre es posible rezar de verdad, con el corazón y la mente.

Recuerdo a un hombre santo que estuvo varios años encerrado en una celda por el gobierno de Alemania. No enloqueció porque siempre se mantuvo pensando que por algo Dios había permitido ese encarcelamiento. Rezó, después fue puesto en libertad y fue fundador de un movimiento valioso de espiritualidad fundado en el siglo pasado.

En un artículo llamado “La oración de los pobres” del Padre Voillaume, se describe la realidad laboral de nuestra sociedad y entrega caminos y posibilidades para rezar ofreciendo las largas esperas, el cansancio del trabajo pesado, la poca comprensión de los jefes y todo lo que significa la vida de los pobres que siempre escuchan y casi nunca son escuchados.

La oración no está muerta y tampoco está en peligro de morir.

Es gran motivo de esperanza pensar que siempre podemos buscar a Dios y que Él así lo quiere porque nos ama.

Sigamos en esta “atenta espera de amor” y tendremos caminos nuevos y esperanzas de tiempos más serenos y contemplativos.

Siempre se necesita la voluntad para abrirse al amor de Dios. Será necesario peregrinar al fondo de nuestro corazón, donde siempre habita el Señor.

No basta estar informado y tener éxito en la vida. No basta ser un archivo de noticias, de bienes materiales y de información.

Habrá que llegar a la intimidad con Dios y esa razón justifica la vida de búsqueda en el Amor.

Preguntas:

¿Cuál es mi vida de oración?

¿Le doy tiempo gratuito al Señor?

¿Mi oración es una “atenta espera de amor”?



San Agustín

CAPÍTULO V

“TÚ ESTABAS DENTRO Y YO ANDABA FUERA”

*“Tarde te amé, hermosura tan antigua y siempre nueva.
Y Tú estabas dentro de mí y yo afuera. Te buscaba
por fuera y deforme como era, me lanzaba sobre estas
cosas hermosas que Tú creaste, Tú estabas conmigo,
pero yo no estaba contigo”.*

Confesiones de San Agustín

LA IMPORTANCIA DEL CORAZÓN

Este antiguo pensamiento de San Agustín sigue teniendo vigencia, porque muchas personas actualmente experimentan lo que él vivió.

La vida más profunda está en el corazón y siempre habrá que partir desde el interior para llegar a la oración. Es iluminador un texto de Monseñor Larraín: *“Amar tu santuario y hacer que este sea el nido donde repose mi corazón”*.

Al leer la Biblia es fácil constatar la importancia del corazón.

- *“La afrenta me destroza el corazón y desfallezco”*.

- *“Buscad al Señor y revivirá nuestro corazón”*. (Salmo 68).

El salmo 138 dice: *“Tú conoces mi corazón”*, y Jesús pide servir a Dios *“con todo el corazón y así amarlo de verdad”*. (Lucas 10,27).

- *“Donde está el tesoro allí está el corazón”*. (Mateo 6,21).

Existe el camino hacia el corazón, tarea muy importante en toda vida humana que necesita encontrar *“al hombre escondido en el fondo del corazón”*. (I. San Pedro 1,22-24).

En, este contexto, se entienden mejor las expresiones de

Jesús: “Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí”, Mt 15,8. Jesús alude al Profeta Isaías, 29.13: “Desde la abundancia del corazón brota la boca”. (Lc. 6,45).

Cuando se despierta el corazón, sucede lo que le aconteció al hijo pródigo del Evangelio quien **“entró en sí mismo”**, Lc. 15,17-20 y en ese momento de gracia descubrió su camino de regreso al Padre. San Agustín también entró en su interior y descubrió que era templo de Dios.

“Arrancarás de cuajo el corazón soberbio y harás un pueblo humilde de corazón sincero”: así reza una antigua oración de la Iglesia.

La verdadera oración, aunque no siempre se sabe, nace y se lleva en el corazón; de ella se habla poco y una gran mayoría nunca lo ha sabido.

“Dame, Señor, un corazón nuevo y un espíritu nuevo”, reza la Iglesia.

Esto es de importancia capital para entrar en los caminos de Dios. De otro modo, la vida religiosa sería superficial, sólo con los labios y vacía de contenido. Esa oración sería sin amor y lo grave es que no se puede comprar, no es mercadería: por el contrario, es más que una sabiduría.

“La Palabra ha sido hecha para el corazón y el corazón ha sido hecho para la Palabra” (Andre Louf).

Actualmente predomina lo externo, lo cual lleva fácilmente a lo superficial.

Tal vez existe sobreabundancia de leyes y de reglamentos, sin tener suficientemente presente que “la letra mata y sólo el espíritu vivifica”.

Cuando hay mucha exterioridad es muy difícil reflexionar y volver al corazón.

Es sugerente el texto bíblico: “Estoy a la puerta y llamo; si me abre, entraré y cenaré con él y él conmigo”. (Apocalipsis 3,20).

Somos morada de Dios y la capacidad de discernir y de encontrar los caminos de Dios pasa por el corazón.

Más que esfuerzos y empeños perfeccionistas, se nos pide la abertura al amor de Dios en una actitud contemplativa y silenciosa.

Antes se hablaba de “los tornillos sin hilo”, es decir, de personas sin contenido. La raíz de esta desorientación está en un corazón que carece de la conciencia de estar habitado.

Es fácil perder la brújula y caminar extraviado. La oración del corazón puede reencontrarnos en nuestra frágil verdad y saber que sólo Dios lee en el fondo del corazón y que nosotros muchas veces nos quedamos en las apariencias...

Gracias a Dios, son numerosos los hombres y mujeres contemplativos que irradian la presencia de Dios. También existen algunas falsificaciones y personas de aparente virtud que están construidas sobre su orgullo y su vanidad.

No se trata de pasividad, inercia o dejación. Es una actitud abierta de quien sabe escuchar la voz del corazón, porque Dios no estaba en el viento ni en el temporal sino en esa brisa suave de la tarde que sólo escucha quien tiene buena voluntad y un corazón disponible al amor de Dios. Así lo dice la Biblia, al referirse al profeta Elías.

“Felices los puros de corazón porque esos verán a Dios”, dice Jesús en el Sermón de la Montaña y la Iglesia, en sus oraciones, con frecuencia pide “la purificación del corazón”.

Siento que se requiere mayor profundidad para llegar a vivir mejor la oración del corazón. En esa profundidad el cora-

zón estará más limpio, sin telarañas y en una actitud receptiva de humildad, y jamás puede olvidarse que lo que brota del corazón es lo que mancha al hombre: “Del corazón salen los pensamientos malos, la maldad, la envidia y la insensatez”. (*Mc. 7,20-21*).

La oración del corazón nos lleva a la verdadera vida en el Espíritu y nos recuerda que somos hijos de Dios. En esa oración se juega la verdadera batalla por vivir una realidad interior verdadera.

La Palabra ha sido hecha para el corazón y el corazón ha sido hecho para la Palabra.

Una formación rígida y rutinaria, de “prácticas religiosas” hace más difícil llegar a la oración del corazón.

Parece que muchos viven su oración en base a empeño y esfuerzo de voluntad. Siento que falta saber esperar más a Jesús, quien vendrá cuando Él quiera. Es decisivo recordar el texto de San Juan: “Vendremos a Él y haremos mansión en Él”. (*Juan 14,23*).

CAMINANDO HACIA LA HUMILDAD DEL CORAZÓN

En mis años de Seminario, leí y medité un largo tratado clásico sobre la formación en la humildad.

También escuché muchas veces que “el amor propio sale del cuerpo quince minutos después que ha partido el alma”. Este pensamiento se le atribuía a San Francisco de Sales.

Han pasado los años y sigo descubriendo lo difícil que es “trabajarle a la humildad”. El ego es muy fuerte y con una

gran capacidad de quebrar los empeños humanos por ser humilde de verdad.

Ahora sé que la humildad, vale decir la verdad, sólo será posible a través de la gracia de Dios y en la medida en que salgamos de nosotros mismos para dejar entrar a Dios y al prójimo, en un olvido de la propia vanidad.

He leído “La espiritualidad desde abajo” y allí veo un buen intento por conectar los ideales personales con la humildad del corazón.

Se requiere tiempo y paciencia para llegar a una síntesis entre la vida del espíritu con las tendencias a desear ser tomado en cuenta y ser valorado por los demás.

Presento lo que parece más notable de ese libro, aunque hubiera deseado mayor madurez y oración para entenderlo mejor.

Buscar la humildad del corazón será un proceso permanente y progresivo que se puede lograr sólo por la bondad de Dios. Tal vez yo debería leer de nuevo el tratado de la humildad con la intención que me dé buenos resultados porque la primera lectura parece que no fue exitosa... .

Anselm Grun y Meinrad Dufner escriben, en su libro “Espiritualidad desde abajo”:

“En la historia de la espiritualidad se pueden distinguir dos corrientes clasificatorias. Una es la espiritualidad desde arriba, que parte de los principios de arriba y desciende a las realidades de abajo. Y hay otra espiritualidad desde abajo, que parte de las realidades de abajo para elevarse a Dios y afirma que Dios habla en la Biblia y por la Iglesia, pero también nos habla de nosotros mismos a través de nuestros pensamientos y sentimientos, por nuestro cuerpo, por nuestros sueños”.

La espiritualidad desde arriba:

Lleva a pensar, especialmente, en ideales que nos entusiasman y nos ayuda a realizarlos. Todo ideal libera en el hombre una especial energía. Sin ideales, fácilmente se llega a girar en torno a sí mismo, sin llegar nunca a desarrollar nuestras posibilidades. Los ideales nos sacan de nosotros mismos y nos abren caminos nuevos.

No se puede prescindir de la espiritualidad desde arriba porque ésta ejerce la función positiva de despertar vida en nosotros. Sólo actúa negativamente cuando los ideales son tan elevados que resultan inaccesibles y prescinden de la propia realidad para poder identificarse con ellos. El resultado es una personalidad desdoblada que cierra los ojos a esa agresividad que suele esconderse en algunas devociones religiosas. El desdoblamiento de la personalidad desemboca en una vida a dos niveles, sin contacto del uno con el otro. Gran parte de los problemas psicológicos que se ven en la vida de algunos cristianos, laicos o consagrados, está en una concepción perfeccionista y poco real de la vida interior.

La espiritualidad desde arriba se practica generalmente al comienzo del camino espiritual. Pero llega un momento en donde se descubre la necesidad de poner en contacto la espiritualidad desde arriba con la espiritualidad desde abajo si se desea llevar una vida normal. Son dos realidades necesariamente complementarias.

En un momento dado, llegamos a tocar techo en nuestras posibilidades y comprender que solos fracasaremos irremediablemente y que únicamente la gracia de Dios puede cambiarnos. Es peligroso pensar que se puede llegar a Dios sólo mediante el propio esfuerzo.

Es el tiempo en el cual percibimos de que los esfuerzos humanos para llegar a una posesión de Dios estaban equivocados. Nos damos cuenta del error de Prometeo, quien quería robar el fuego del cielo.

La espiritualidad desde abajo.

“El Verbo se hizo carne” (Jn 1.14): Dios y el Hombre se han abrazado en la Encarnación de Cristo. El Dios Encarnado baja para salvar a la Humanidad. Jesús descendió al corazón del mundo, al corazón del hombre, a las zonas más profundas del ser humano.

Jesús escoge un establo para nacer y no un palacio, en Belén y no en la capital del Imperio. Es decir, quiere nacer en el corazón de los pobres y en la pobreza del corazón. Espiritualmente, estamos como un establo que generalmente, no es limpio ni presentable, pero el Señor quiere habitar precisamente en nuestra pobreza.

Al reflexionar acerca de la manera de hablar y proceder de Jesús, descubrimos una espiritualidad desde abajo. Jesús se dirige especialmente a los pecadores y publicanos porque los encuentra abiertos al amor de Dios. Vemos a Jesús misericordioso con los débiles y con los pecadores, pero bastante duro en su crítica contra los fariseos.

En la Parábola del Fariseo y del Publicano, Jesús enseña una espiritualidad desde abajo porque ésta es la que abre los corazones de los hombre hacia Dios. Se trata del corazón humilde, con buena voluntad y abierto al querer de Dios.

La espiritualidad desde abajo quiere afirmar que en nuestra vida afectiva, en nuestras enfermedades, heridas, traumas, en suma, en todo cuanto hacemos, lo que estamos haciendo es

buscar a Dios. Incluso en las decepciones y fracasos se descubren caminos para llegar a Dios.

Quien busca ser impecable no reconoce su debilidad. El que aspira a una corrección impecable y a cualquier precio, no verá crecer en el campo de su corazón más que un raquítrico trigo. Muchos idealistas viven tan concentrados sobre sus faltas y sobre algunos métodos o técnicas para erradicarlas, que viven una vida incompleta. A fuerza de buscar perfección, se vacían de dinamismo y de cordialidad.

La espiritualidad desde abajo se llama **humildad**, palabra que nace del "humus", es decir, la mejor tierra de hojas.

Jesús nos dice: "Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón". Él bajó a nacer en Belén, Él se humilló al morir crucificado y está reducido a un pedacito de pan en la Eucaristía. En nosotros, la humildad verdadera llega cuando Él lo quiera y no se encuentra si vivimos con máscaras o disfraces.

Una espiritualidad inspirada en la humildad lleva a la madurez. La humildad lleva al conocimiento de la realidad interior, al estado de serenidad, la interpretación de las cosas con sentido del humor que nos hace presentir que todo es posible en nosotros porque estamos formados del barro de la tierra y, por lo tanto, nunca debemos hacer asco de nada terrenal. El humor es reconciliación con nuestra condición humana, con nuestras limitaciones, y es llamado "signo de la trascendencia". El humor es propio del hombre y no pueden tenerlo los animales. En el humor se supera espiritualmente una situación adversa porque, por una parte, se reconcilia uno con esa adversidad y, por otra parte, la relativiza desde el punto de vista de Dios.

No deberíamos huir de nuestra realidad cuando nos damos cuenta de que no somos como quisiéramos ser. En esas

situaciones es fácil buscar refugio en elevados ideales y en una oración desconectada de la vida.

Esta espiritualidad desde abajo es obra de Dios que se entiende con los años. Me parece que casi todos hemos sido en alguna etapa perfeccionistas y rígidos. Con el tiempo se llega a una concepción diferente, más humanizada. Es, al menos, mi experiencia personal. La verdadera madurez supera al perfeccionismo y suaviza nuestras asperezas y brusquedades.

Cuando hay afanes de poder y ambiciones arribistas en el corazón, cuando la palabra “éxito” es más importante que la palabra “verdad”, será muy difícil entender estas páginas.

Jesús descendió, asumió lo humano y así lo redimió. Él sabía que sólo lo que es asumido puede ser redimido. Pasó por Getsemaní y por la Cruz. “Jesús se anonadó a sí mismo, tomó la condición de esclavo y llegó a ser semejante a los hombres. Se humilló hasta morir en la cruz”. (Filipenses 2.5-8). Después de la cruz, muestra el camino de la Resurrección y de la esperanza.

La mejor oración brota desde las profundidades de nuestras miserias y no desde las cumbres de nuestras virtudes.

Querer llegar a Dios, nos enseña Jesús, no es poner una escala de perfección por la que se sube peldaño a peldaño. Él enseña un camino de descenso al fondo de la humanidad, hasta lo más profundo de nuestras miserias.

La humildad es la actitud de la auténtica religiosidad, es la reconciliación con el mundo de los impulsos y con todo lo negativo que existe en el interior de nuestro ser. Es reconocer que en nuestras miserias y fragilidades se encuentra a Dios.

“Dios resiste a los soberbios y los deja con las manos vacías. Da su gracia a los humildes.” Es la oración de María en el Magnificat.

“Si el Señor no construye la casa, es inútil que trabajen los albañiles”. (Salmo 127).

El orgullo y el exceso de amor a sí mismo parecen ser los mayores obstáculos para crecer en una espiritualidad llevada por Dios y recibida con humildad.

Recuerdo a un respetado cristiano, de quien se decía que “estaba inflado de humildad”. Se parecía a los pavos reales con sus alas desplegadas. Era su vanidad, su afán de ser reconocido, lo que le daba sentido a su vida cristiana. Parece que no había entendido nada, o casi nada, de la espiritualidad desde abajo y la humildad del corazón.

La humildad no equivale a la humillación ya que la dignidad es un valor humano que jamás puede ser relegado a segundo plano.

FRÁGILES Y VULNERABLES

Dice el Profeta Isaías: “La carne del hombre es como la hierba que hoy crece y mañana muere”. También escribe: “Si no quieres dejarte llevar por las manos de Dios, no soportarás la prueba”. (Isaías 7,9).

“Somos vasos de barro para que se reconozca el poder de Dios”. (2 Cor 4,7).

Los cristianos seguimos al Cristo Crucificado, al niño que nace envuelto en pañales en el pesebre de Belén. Seguimos a un perseguido y condenado, por su cercanía a los pobres y a los débiles.

Jesús será reconocido en la fragilidad y no en el poder, a pesar de los esfuerzos de Satanás de transformarlo todo en asunto de poder.

Cuesta mucho aceptar nuestra vulnerabilidad, sin máscaras defensivas. Sólo al reconocer esta fragilidad, se avanza en los caminos de la oración hacia el encuentro real con Jesús.

Mientras vivamos en la autosuficiencia, mientras seamos “defendidos”, no podremos entender los caminos de Dios.

Los modelos bíblicos

La Biblia presenta personas que no han sido perfectas, por el contrario, han tenido que clamar desde lo más profundo del corazón a su Dios, por causa de sus grandes debilidades y pecados.

Ayudará meditar en Abraham, Moisés, David, Simón Pedro y San Pablo.

Abraham, por cobardía, hace pasar a su esposa por una hermana, sólo la intervención de Dios la libera de las consecuencias de esa mentira; Moisés asesina a un egipcio en un arrebato de cólera; David provoca la muerte de Urías para quedarse con su esposa; Simón Pedro niega a Jesús y esa fragilidad, reconocida por él mismo con mucho dolor, lo lleva a transformarse en roca; Pablo, quien representa la perfección de los fariseos, la espiritualidad del hombre que con sus propios esfuerzos desea la perfección, es derribado en el camino a Damasco, donde Dios le demuestra que es incapaz de llegar a Él por sus propias virtudes. Él escribe que “Dios escoge a los débiles para confundir a los fuertes” y “la fuerza está en la debilidad”.

Cuanto mayor sea la debilidad humana, más queda de manifiesto la gracia de Dios.

Documento de Macario, el monje egipcio

“Todo trabajo interior llega a un punto muerto más allá del cual ninguna persona puede seguir avanzando, a no ser que muera a sí mismo para abrirse a la fuerza de Dios”.

El esfuerzo humano se agota y Dios toma el relevo y lo lleva a un crecimiento que el hombre no podría llegar por un esfuerzo propio. Es el momento en que se constata, tal vez amargamente, que el esfuerzo humano es rebalsado por las dificultades.

“Es un punto muerto de agotamiento moral que se llama acedia. Es una situación temible de tentación. En ella se puede rozar la desesperación. Puede resolverse consigo mismo o contra Dios. El hombre es sacudido hasta sus cimientos, puede sentir la posibilidad de caer en la locura. Cada uno de nosotros posee, en sus estructuras psicológicas, un tejido más vulnerable que los otros, una posibilidad de disgregación. Una prueba tan dura que pone en tela de juicio, incluso, nuestro modo habitual de comportarnos”.

En un documento de los monjes egipcios, en la carta de Macario, la cual me parece que data del siglo IV, está escrito que Dios “pone a prueba al hombre para ver si renuncia verdaderamente a las pasiones y si sabe resistir a los ataques de los principales de este mundo. Está a punto de dejarse vencer por su cuerpo fatigado y por el tiempo que no avanza. Las tentaciones susurran: “¿Cuánto tiempo podrás soportar tal trabajo?, ¿Puede Dios perdonarte tantos pecados?. El corazón se debilita hasta el punto que llega a considerar el peso de la castidad como algo absolutamente imposible de soportar. Porque las tentaciones indican que la vida es larga, la virtud difícil y su peso grande e insoportable, el cuerpo es muy débil y la naturaleza demasiado frágil”.

Después de estas tentaciones, Dios concede algún reposo, pero el descanso es breve y pronto empieza el asalto decisivo.

Y continúa el documento de Macario: “Cuando Dios ha visto que el corazón ha sabido prevalecer frente al enemigo, le sustrae, poco a poco, la fuerza que lo sostenía, y permite que el enemigo le ataque mediante las diversas tentaciones de la carne, de la vanagloria y del orgullo, hasta el punto que podría ser comparado a un navío sin timón que tropezará por todas partes en los arrecifes de la playa. El corazón está marchito. Dios abre progresivamente los ojos del corazón para que termine comprendiendo que sólo Él es quien le da la fuerza. Sólo entonces comienza el hombre a dar verdaderamente gloria a Dios, con toda humildad y quebrantamiento de corazón. Como dice David: **“el sacrificio grato a Dios es un corazón quebrantado.** (Sal. 50,19). De tales dificultades, en la lucha nacerá la humildad, la mansedumbre y la dulzura”.

Este texto de la literatura monástica trata de desacreditar el esfuerzo puramente humano y ascético que intenta hacer proezas exteriores dignas de un campeonato de atletismo espiritual. Nada más contrario a la ascesis cristiana. Ésta, obligatoriamente, debe conducir al quebrantamiento del corazón, a ese punto muerto a partir del cual el poder de Jesús podrá trabajar y desplegar su gracia, realizando así, en la humildad, esas maravillas que escapan totalmente a su pobre esfuerzo.

Será mejor hablar menos de proezas ascéticas y mucho más de las maravillas y milagros de Dios. Dios lo realiza un día, de manera frecuentemente inesperada, en un hombre que sabe ya por experiencia cómo, abandonado a sus solas fuerzas naturales, no podrá crecer en el amor a Dios.

Santa Teresita del Niño Jesús

En 1894, a los 24 años de edad, muere Teresita del Niño Jesús en un convento carmelita de Francia. A ella se le ordenó escribir su autobiografía y así quedó para el futuro “Historia de un alma”, un hermoso libro que muestra un gran modelo de la fragilidad transformada en fortaleza y fuerza de Dios.

Teresita tenía pensamientos muy profundos:

- “Ser malvado, egoísta o cruel causa un gran sufrimiento; pero el mayor pecado es mentirse a sí mismo y ocultarse a uno mismo estos defectos”.
- “No me aflijo verme convertida en la debilidad misma,... espero cada día descubrir en mí una nueva imperfección. Las luces sobre mi vacío me ayudan más que las luces sobre la fe”.
- “Ser pequeño no es desanimarse por las caídas. Los niños se caen a menudo; pero no se hacen demasiado daño”.
- “No quiero amasar méritos, quiero trabajar sólo por amor”.

“Los brazos de Jesús son el ascensor que lleva al cielo”.

Que no quiera acumular méritos es extraordinario en una época en que la Iglesia estaba en una posición rígida y voluntarista. En donde había que “ganar el cielo” a base de una voluntad de fierro.

- “Es hermoso servir a Dios en la noche, y no hay más que esta vida para vivir la fe”.

Ella decía que la mejor manera de sanarse del desaliento y de la duda será siempre olvidarse de uno mismo para pensar en los otros.

Santa Teresita del Niño Jesús reconstruyó el **camino de la infancia espiritual**, de la sencillez. Es el gran mensaje a quienes descubren sus limitaciones y su gran fragilidad y necesitan recordar que la santidad es mucho más que el esfuerzo voluntarista. Santa Teresita ayuda a presentarnos ante Dios, con las manos abiertas, tal vez vacías, pero será presentarnos tal como somos.

Ella es la santa de la fragilidad y del abandono total en las manos de Dios. Por eso, ella lo dijo: “Después de mi muerte, haré caer una lluvia de rosas”.

Jacob, en el Antiguo Testamento

Entre el capítulo 25 y el 35 del Génesis, la Biblia presenta la personalidad de un hombre inteligente y tramposo. Logra obtener lo que quiere y quita la primogenitura de su hermano Esau. Por un plato de lentejas, le roba la bendición final a su padre Isaac y muestra una vida de engaño permanente. La palabra Jacob es sinónimo de “tramposo y desleal.”

Se produce el encuentro con Dios con quien lucha toda una noche. Al final, Jacob termina cojo y herido en su pierna.

Allí llegó a su verdad. Había sido pagado de sí mismo, autosuficiente, “sobrado”; pero ahora descubre su verdad más profunda.

Al entrar en la verdad, se descubre frágil y vulnerable y así, por ese camino, llega a la reconciliación con su hermano y se transforma en un hombre de bien.

Aprendió la lección y en el capítulo 48 del Génesis, cuando su hijo José, gobernador de Egipto, le pide la bendición para sus hijos Manasés y Efraín, entrega la bendición al menor, a

Efraín, en contra de la voluntad de José. Había entendido que lo débil confunde a lo fuerte y que sólo la verdad del corazón lleva a la santidad.

Por la fragilidad llegó a la verdad y dejó de ser un fanfarrón parecido a esos matones de barrio, que viven con vanidad y orgullo muy mal llevado.

Somos humanos, frágiles y vulnerables

Ser humano es condición previa para la santidad y sin reconocer esa humanidad no se crece en los caminos del Espíritu.

La espiritualidad orgullosa no lleva a la verdad y menos a la santidad.

Jesús fue profundamente humano, misericordioso y abierto a todo el dolor del mundo.

Somos humanos y somos frágiles. Sólo citaré un texto del Padre Hurtado, en donde descubre su verdad tal como él la ve:

“Mi falta de cualidades; mi pequeñez, mi tartamudez, falta de elocuencia, falta de estudios, falta de imaginación, poca memoria, poco don de gentes, cortedad de genio. Frente a cada una de esas cualidades que me faltan, hay una gracia de Dios. Fijarme en mis defectos sería creer que la obra es mía y no es de Él. Mi obra es la suya y Él sale responsable de lo que su gracia me ha inspirado.... De cada uno de estos defectos tenemos más de un magnífico testimonio de lo que es capaz la gracia divina: Que no haya ninguna situación que ame más que a Dios y a su Voluntad”.

Él habló de los santos pecadores antes de convertirse a la fe:

“Ignacio de Loyola, María Magdalena y varios ladrones fueron santos, desde aquél que en la cruz se robó el

cielo, el ladrón más listo, el primero en profesar la realeza de Cristo. No hay una debilidad en la cual no haya triunfado la gracia de Dios”.

Es un camino que, si Dios lo quiere, lleva a la santidad como lo muestra la vida de tantos que nos precedieron en el camino de vida. La santidad es un llamado universal permanente y es necesario buscar y encontrar orientaciones para vivir ese mandato de Dios.

Es un itinerario que quiebra la tendencia individualista que está latente o explícito en toda persona. Es una orientación que nos hace ser más humanos y misericordiosos, al reconocer nuestra fragilidad, y nos conduce a vivir para los demás, en una actitud solidaria.

Teresita de Jesús decía que “su vocación era el amor” y vivió ofreciendo su vida por los pecadores, la primera opción de Jesucristo, después vendrá “la opción por los pobres”.

Esta santa ha sido declarada “Patrona Universal de las Misiones” aunque nunca salió del convento. Ella habría entendido a la Iglesia Misionera, y muestra cómo por la fragilidad se puede llegar a ser santo.

Preguntas:

¿He descubierto que Dios está en mi corazón?

¿Mi espiritualidad es humilde o prepotente?

¿Reconozco mi fragilidad?



CAPÍTULO VI

**“MI MISA
ES MI VIDA
Y MI VIDA ES UNA
MISA PROLONGADA”**

En la vida cotidiana

En 1955 viajé, por primera vez a Europa y el avión realizó varias escalas antes de atravesar el Atlántico. La última parada fue en Recife, extremo norte del Brasil, y desde allí se pasaba “el charco”, como se decía en esos años al referirse al Océano Atlántico.

En Recife era posible celebrar misa y, de acuerdo previo con la Compañía Aérea, un agente de la línea me llevó a una capilla cercana. Celebré la Eucaristía, regresé al aeropuerto y el viaje siguió hasta su destino a Europa, primera parada en Lisboa.

Coloco estos recuerdos para iniciar la fuerza que tenía para mí la Eucaristía diaria. Fuimos formados en esa espiritualidad y se celebraba la misa en latín. No había concelebración y era todo vuelto a la muralla sin que el pueblo de Dios viera o entendiera mucho sobre el “Sacramento de la Fe”.

La autorización para celebrar la misa vespertina y la facultad para celebrar varias misas los domingos han sido de gran valor, pero tuvieron una contrapartida. La misa se banalizó: el paso del latín al castellano la hizo más accesible y se perdió, en parte, “el sentido del misterio”.

Estoy plenamente de acuerdo con las modificaciones; pero siempre es conveniente reflexionar en los diversos aspectos de lo que va sucediendo.

Actualmente sigo celebrando la Eucaristía todos los días, algunas veces sin ningún asistente fuera de los ángeles y de la Virgen María. Para mí tiene sentido y creo que está bien esta manera de pensar. Sigo creyendo que la misa diaria es vital para la vida sacerdotal.

¿Por qué celebro misa diariamente?

Han transcurrido más de sesenta años de mi primera misa y he intentado revisar las razones por las cuales continúo celebrando la misa y diciéndole todos los días al Señor, antes de celebrarla, que es lo más importante que realizo cada día.

No es rutina, no son razones de teología, no es para dar un buen ejemplo. He analizado el porqué de mi cariño por la Eucaristía y he llegado a algunas explicaciones que van más allá de una práctica inculcada en mis años de formación sacerdotal.

Celebro misa motivado, principalmente, por **tres razones:**

“HACED ESTO EN RECUERDO MÍO”

Esta es la primera razón.

Es la petición de Jesús. Él entregó el precepto de amar al prójimo en su despedida y dijo que repitieran lo que Él había hecho. Consagró el pan y el vino, lo dio a sus discípulos y les pidió que lo hicieran después, en recuerdo de Él.

Para mí, recordar esta petición de Jesús me parece muy importante. Cuando deja de ser algo afectivo, lo cual es terriblemente grave y dañino, se transforma en un rito “útil” en donde se ha perdido el sentido de la gratuidad. Soy consciente que es la renovación del sacrificio, que existe este alimento lla-

mado “el pan del cielo”. Creo en la Presencia real de Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía. No tengo dudas de fe; percibo que las palabras de Jesús se grabaron en mi corazón y, por lo tanto, trato de realizar este milagro con dignidad y respeto. Pido siempre no acostumbrarme a celebrar la misa.

SACRAMENTO DE LA UNIDAD

La segunda razón está en que la Eucaristía es sacramento y signo de unidad.

Todos nosotros tenemos nostalgias y deseos de la unidad. En todos los tiempos y desde siempre, el hombre ha buscado vivir en paz con el prójimo, con Dios y con la realidad de nosotros mismos.

Existe una armonía que todos buscamos, deseando vivir que “todos somos miembros de un mismo Cuerpo, unidos a la cabeza que es Cristo”.

Es atrayente la primera comunidad de los cristianos, en donde habían bienes en común, caridad fraternal y todo era porque existe “un solo Cristo, el que de dos pueblos ha hecho uno solo”. (Efesios 4,1-16).

Todos soñamos con una unidad universal de pueblos, de razas, de continentes y de los diversos colores de la piel.

Y en cada misa es reafirmado este principio vital de la caridad que lleva a la unión. El deseo de la unidad, la búsqueda de esta unión con **Dios y con todos me parece ser la segunda razón** que me lleva a la misa diaria.

Las alianzas del Antiguo Testamento

En el Paraíso todo marchaba en paz y armonía hasta

que por libre voluntad del hombre se comete el pecado original, el cual ha quedado latente en la médula de nuestros huesos y suele paralizar la libertad. Nos cuesta aceptar esta realidad pecadora permanente en el corazón humano y asimilar que el pecado co-existe con la fuerza del amor de Dios que llama a la santidad.

Después de la caída en el Paraíso, nació el anhelo de recuperar la unidad y vendrán sucesivas Alianzas para intentar reencontrarse con la amistad perdida.

Así nació la idea permanente de realizar algo sagrado y el signo sagrado de la Alianza siempre será el sacrificio que significa "hacer lo sagrado" (sacrum facere).

En todos los pueblos, aún en los más bárbaros y primitivos, se han buscado signos para expresar esta alianza. El sacrificio significa pertenecer y estar cerca de Dios. Como no somos ángeles, necesitamos encontrar signos materiales.

El sacrificio es una ley que debería ser de amor y no de humillación y siempre el Dios Verdadero tendrá horror a la destrucción y no puede amar la nada. Nunca se ha aceptado la destrucción de seres humanos en las religiones más desarrolladas.

Adoración a Dios y destrucción se contraponen, y la Bondad permanece y triunfa a pesar del pecado.

El sacrificio y la inmolación son simbólicos y no siempre materiales como en las alianzas del Antiguo Testamento.

Es útil recordar los sacrificios bíblicos Abel, Noé y Moisés; pero el sacrificio bíblico más iluminador es el sacrificio de **Abraham**, dispuesto a sacrificar a **Isaac**, su único hijo.

Un solo sacrificio, una sola hostia. Jesús – es la nueva y eterna Alianza.

Todo el Antiguo Testamento es anuncio o preparación

del único Sacrificio: el de Cristo. Dios pide signos. La solución total la dará Jesucristo.

El pueblo de Israel es imagen de esa única víctima que fue anunciada por Isaías. Jesús es el signo de solidaridad y de carácter social, en Él se cumple el texto de la carta a los hebreos “sin sangre no hay redención” pero, más allá está el sacrificio espiritual del corazón, pacífico, impregnado de amor.

En la persona de Jesús sacerdote se realiza la perfecta Alianza nueva y verdadera. El sacrificio de Cristo es la mayor expresión de unidad.

Él dice al Padre: “Tú no quieres oblações, holocaustos y sacrificios por los pecados”. (Hechos 10,5).

Fuimos santificados por la oblación de Cristo. Él lo hace una vez por todos, entregando su propio cuerpo.

Aquí está la santidad de la víctima, el carácter social de su sacrificio, la perfección de esta oblación, la comunión divina.

¿Quién podría comparar a Jesús con los sacrificios de animales del Antiguo Testamento? Él es la santidad perfecta. Es un milagro de amor y de sabiduría que hace posible el sueño imposible de una víctima humana infinitamente agradable a Dios.

¡Qué extraño! Dios no quiere sacrificios humanos.

Dios rechaza los sacrificios de animales y no quiere acciones sangrientas. Aceptó, durante siglos, esos símbolos escogidos por los hombres para llegar a la unión con Él, pero va insistiendo en su disgusto por esta religión de sangre. Tiene horror a estas ceremonias, habla de que Dios quiere “una oblación pura”, en lugar de los holocaustos realizados en el Templo.

Existe la santidad legal; pero en Jesús la santidad es real, interior y divina.

El cristianismo está fundado en un sacrificio de valor infinito.

En la lógica del pecado está la tendencia del homicidio contra el homicidio y así se explica el homicidio del justo. Mientras mayor santidad y justicia exista, más se irrita el mal. Basta ver la reacción de la sinagoga contra Cristo.

Era bastante explicable, casi inevitable, que se llegara a la idea de quitarle la vida a Jesucristo. El pecado habita entre nosotros, en los fariseos y en los cristianos.

Los “Jeremías” son encarcelados; “Juan Bautista” es decapitado. Así existen los mártires en la Iglesia.

Jesús es sacerdote y víctima a la vez. Él no podía ser inmolado por un sacerdote y se ofreció a sí mismo.

Jesús es sacerdote por derecho divino y personal. Es el Mediador perfecto por ser de naturaleza humana y divina a la vez.

Fue un acto social por toda la Humanidad. Otros sacrificios, por ejemplo, el de Abel y Caín, no han tenido valor social. Jesús muere en nombre de todos los hombres y de todos los tiempos.

La sinagoga de los fariseos no entendió que Jesús, siendo Cabeza de la Humanidad, representa a todos los hombres del mundo.

Es el Verbo de Dios Encarnado, Dios y Hombre Verdadero. La Encarnación es una realidad fundamental para entender esta realidad del Cristo que se ofrece por toda la Humanidad.

Adán sólo es símbolo de la raza humana. Jesús, en cambio, es humano y es divino. Aquí está la gran diferencia.

Nadie lo delegó para representar a la humanidad en este sacrificio. Es el Cristo por nacimiento, la víctima oficial, el sacerdote oficial.

Así se entiende el problema del sacrificio. Todos somos sacerdotes por Él. Los de antes, los de ahora y los del futuro.

Hubo sangre porque había pecado. La idea de la sangre nos molesta, pero se explica por el pecado que requiere reparación.

Jesús no ha amado la muerte ni la sangre. No la ha buscado. Sólo la ha sufrido y así se inmoló.

Es la oblación de la sangre vertida por los fariseos de la sinagoga.

San Pedro y San Esteban recuerdan el error de los israelitas. (Hechos de Apóstoles 2.22 al 36; 7,5).

Así, la muerte se mató a sí misma y nació la vida nueva. Jesús muere para resucitar. Así germina la vida: "Si el grano de trigo no muere, no dará frutos".

Aquí está la médula de la Eucaristía, en donde todo pasa en el altar. No hay rito sanguinario. La espada es reemplazada por la palabras de la consagración que pronuncia el sacerdote.

Está la alegría de vivir en Dios, muy diferente a los ritos judíos de aquella época.

En cada Misa se participa realmente en el sacrificio de Cristo en el Calvario. La Misa es reproducción mística de este sacrificio. Nos da el cuerpo inmolado y la sangre derramada de Jesús.

Jesús cerró los sacrificios de la Antigua Alianza con su único y perfecto sacrificio.

El sacerdote representa los labios y el cuerpo de Jesús. La inmolación de Cristo se repite para llevarnos a una vida nueva en el Espíritu.

El sacrificio se puede entender como un mal, un sufri-

miento y una muerte: resucitados o no resucitados, vencedores o vencidos, en cristiano o en pagano. Si Cristo es Dios, todo tiene sentido; si no lo es, vivimos en un absurdo.

La Misa es símbolo de Amor. Podemos asistir a misa con un corazón de mártir.

Jesús, por su sangre, crea el amor del hombre a Dios y a todos los hombres. La cruz es señal de salvación y la misa es una bendición y un símbolo de amor.

Todo lleva a la unidad:

Jesús es el Único Sacramento y su sacerdocio lleva a “recapitular todo en Cristo”, los hombres y la creación.

Nunca lo entenderán quienes buscan sólo su salvación personal en una religión individualista, en donde la “Pasión” de Cristo parece un despliegue infantil y filmico de sufrimiento.

Quienes no tienen fe se preguntarán: “¿Por qué todo no es más fácil?”, “¿Por qué tantas misas si Él entró de una vez por todas en el Santo de los Santos?”, “¿Por qué repetir las misas?” Tal vez nunca han escuchado que Jesús quiere permanentemente la salvación y la unión de todos los hombres en un solo Cuerpo Místico vivo y que en cada Eucaristía se renueva este amor de Cristo por todos.

La unidad de la Trinidad se expresa en la Eucaristía de un modo especial, “Tú y yo somos uno”. Lo que no pudo hacer Adán lo hace Cristo, el nuevo Adán.

Pienso en el Cristo total, el Cristo universal, el Cristo uno y trinitario. A Él estamos unidos.

Todo parte desde la **Encarnación**, en donde está el deseo de unión con todos los hombres:

- "Que todos sean uno" Jn.17.

- "La vid y los sarmientos" Jn.15.

Jesús es el Príncipe de la caridad humana.

- "Tened amor que es el vínculo de la perfección". (I Jn 3,14).

El lavatorio de los pies: Precepto de la caridad y Eucaristía están totalmente entrelazados y llevan a la unión en todas sus dimensiones. El sacramento de la unidad nos llama a vivir en caridad lo que conlleva a un "servicio de amor y gratuidad". Nunca será posible olvidar "si al tiempo de prestar tu ofrenda tienes algo contra tu hermano, deja la ofrenda, reconcíliate con el hermano y regresa al altar". (Mt 5,23-24).

La Eucaristía es el lazo de la unidad para todos y de un modo especial para los sacerdotes: allí no debe haber resentimientos, odios ni comentarios venenosos.

Jesús es mediador: por Él los sacerdotes somos mediadores entre Dios y los hombres. Somos puentes que unifican. "El puente se utiliza y se olvida". Podemos decir "yo te bautizo, yo te perdono, éste es mi cuerpo" y todo lleva a la unión universal.

El sacerdote no se pertenece a sí mismo, pero el sacerdocio de Cristo nos pertenece y participamos de esta realidad para la salvación del mundo.

Si es sólo una idea abstracta o especulativa de poco sirve. Es demasiado hermoso y es fácil creer que no es verdad para no sacar las consecuencias. El Cura de Ars decía "si entendiéramos lo que es el sacerdocio, moriríamos de amor".

Nuestra participación es real y tiene gran **sentido social**. La Eucaristía no es un rito aséptico, "espiritual". Tiene un sentido de compromiso con la vida, con todos los hombres, con la justicia y con la verdad.

Es valioso y permanente el pensamiento escuchado en una predicación: "Una comunidad capitalista no tiene derecho a celebrar la Eucaristía porque está creando un monstruo que no podrá ser absorbido por la comunidad".

El predicador se refería a ese "capitalismo salvaje, duro e inhumano" que afecta y destruye a tantos sectores del mundo. Aquel que apoya esta crueldad vive en pecado mortal por la injusticia que comete contra los pobres.

El laico también participa del sacerdocio de Jesús a través del bautismo. "Por esta santa unción quedas incorporado a Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey" (ritual del bautismo).

De aquí deriva la dignidad y la grandeza del laico. La Eucaristía es "en nombre de todos". El sacerdote es delegado de la Iglesia.

Se puede estar en pecado o sin fe; pero es la misa de la Iglesia, la de los laicos y consagrados. Allí se ofrece el dolor humano, el sufrimiento, las alegrías. Es la misa del mundo con Jesús y para todos.

"Es por todos y para todos"

En la Eucaristía estamos unidos a la Víctima y Sacerdote que es Cristo.

Junto con Él, somos sacerdotes y nos ofrecemos con Él.

- "Es la hostia viva, santa, agradable a Dios".
- "El agua que se funde en el vino".
- "Es el mundo que se ofrece con Cristo".
- "Somos sacerdotes y víctimas al igual que Jesús".

“Por Cristo, con Él y en Él...” son palabras que resumen todo el sentido de nuestra participación y de amor hacia la Trinidad.

Somos todos. Nadie está excluido. Es un tema de justicia y de caridad.

“No hay diferencia. Hombre o mujer, libre o esclavo”.

El “Nosotros” está siempre. El “Yo” está excluido.

“Ten piedad de nosotros”.

“Mi sacrificio y el vuestro”.

La comunión tiene un gran sentido social. Un joven perdió la fe y no creía en nada. Cuando iba a los funerales, recibía el pan eucarístico. La razón que daba era que ese pan era para él un signo de fraternidad...

Se encuentran los habitantes del cielo con los de la tierra, éste es el dogma de la comunión de los santos.

No se debe comulgar sin compartir y con esto surgen los cuestionamientos ¿Cómo pueden comulgar los padres de una novia que gastan millones y millones en el matrimonio de su hija y pagan salarios injustos? ¿Cómo es posible comulgar viviendo en una casa excesivamente lujosa y rodeada de viviendas que parecen inhumanas?

En Centro América, un sacerdote le negó la comunión a una señora muy cercana a la Iglesia, porque construyó un jardín fastuoso en su casa, rodeada de ranchos miserables. Fue algo muy comentado y criticado.

La santidad verdadera es personal y social. Todos nos complementamos: algunos como apóstoles, otros como profetas y con el don de lenguas. (I Corintios 12,27-28).

Somos una nota alegre en el himno de la creación. Las notas se complementan y hacen la música. Diferentes y complementarios.

“Nadie vive para sí mismo y nadie muere para sí mismo”.

POR JESÚS Y POR LA IGLESIA

Esta es la tercera razón: el amor a Jesús y a la Iglesia

Llegó a una parroquia un sacerdote famoso a celebrar la misa, pero no quiso dar su nombre. El párroco quería saberlo porque le era cara conocida. Al insistir el sacristán y preguntar por segunda vez quién iba a celebrar, escuchó esta respuesta “Es Jesucristo”...

El sacerdocio de Cristo nace de la Encarnación y allí radica toda la fe cristiana. Jesús como Dios no podría haber sido sacerdote. Es su Encarnación en la raza humana lo que genera el sacerdocio.

Es necesario acudir a Nazareth y a Belén donde “el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros”.

Sacerdote para siempre. Jesús no se apropia del sacerdocio sino que lo recibe del Padre.

Todo se inicia en la Encarnación y cada sacerdote, a través del Sacramento del Orden, es como una prolongación de la Encarnación.

Toda la maravilla del sacerdocio viene de esta identidad con Cristo que se muestra de un modo especial con la Santa Misa.

Nuestra mayor identidad con Cristo está en la Eucaristía.

“Este es mi cuerpo”. “Esta es mi sangre”

El sacerdote pasa a segundo plano y cede todo el lugar a Jesucristo.

Nunca podremos minimizar el ideal sacerdotal de ser prolongación de Cristo. Ser “otro Cristo” como se decía antes, más que ahora.

Para que la misa no sea un rito, una obra de teatro, el sacerdocio necesita vivir esta realidad y esta identificación con Cristo al servicio de todos, igual que Jesús.

Existe una irradiación de la misa. Es Jesús allí presente lo cual siempre me ha impresionado mucho.

Está presente, silencioso, reducido a un pedazo de pan, disponible para bien y mal, utilizado por justos y pecadores. Lo consagran tanto manos santas como manos pecadoras.

Él está ahí y permanece en los sagrarios de las iglesias, muchas veces olvidado y en segundo lugar. Lo llevan por los caminos, a veces en la guantera de los automóviles, con poco respeto, cuando van a visitar a los enfermos. En algunas oportunidades, he debido retirar del Sagrario a las hostias descompuestas por la falta de preocupación de algún sacerdote. Reconozco que lo he sufrido.

“Trátenle bien porque es hijo de una buena madre” así decía San Juan de Ávila y Don Helder Cámara, Obispo de Brasil, quién pidió que en su tumba se colocara: “Él vino para celebrar la Eucaristía”.

La Presencia en el altar siempre me lleva a pensar en el silencio, en la humildad verdadera, en la disponibilidad de toda hora.

Esta es la tercera razón para celebrar la Eucaristía en nombre de la Iglesia y por la Iglesia. Mi primera misa la celebré por la Iglesia sin otro apellido, y cada año en el aniversario sacerdotal, 23 de septiembre, realizo lo mismo. Celebro la Eucaristía en nombre de la Iglesia y por la Iglesia la que, con todas sus limitaciones, es la Iglesia de Cristo.

Al finalizar estas líneas pienso en el Padre Hurtado: "Mi misa es mi vida y mi vida es una misa prolongada." El Padre Hurtado vivía la Eucaristía diaria que celebraba, generalmente, antes de entrar en sus múltiples actividades. La celebraba en la Iglesia de San Ignacio, sin ruido, sólo con un ayudante y con gran respeto y dignidad.

Existe una **cuarta razón** que para mí es difícil escribir. Sucede que todos los días, al celebrar la Eucaristía, en el momento de la consagración, cuando digo "Esto es mi cuerpo" y "Esta es mi sangre", siento que es un momento de gran identificación con Cristo. Percibo que estoy haciendo lo que Él hizo y se produce la seguridad de que mis palabras son palabras de Cristo. Veo que se realiza "ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí". Esto me sucede hace bastante tiempo y lo considero un gran regalo del Señor. Esta certeza me lleva a un mayor cariño por la Eucaristía y es una experiencia realmente hermosa.

Preguntas:

- ¿Cuál es mi actitud con respecto a la Eucaristía?
- ¿Significa vida o solamente una rutina?

“El que no tiene pecado
que arroje la primera piedra”

Jesús

CAPÍTULO VII

**LA CONVERSIÓN
VERDADERA
Y LA MISERICORDIA**

Los sacerdotes escuchamos a muchas personas con sentimientos de culpa. Algunos se confiesan y reciben el perdón del sacramento, pero las culpabilidades no se alejan. Otros se arrepienten de sus errores y pecados, pero no hay transformaciones reales y todo vuelve al estado anterior al arrepentimiento, el cual tiene poca duración.

Encontramos grandes dicotomías: el hombre que va a misa pero que no paga salarios justos; el padre dominante y posesivo que se golpea el pecho y es rezador, en una religión individualista en la cual solo prevalece su gran egolatría; en la mujer de mal carácter que hace la vida imposible a quienes la rodean y que vive musitando oraciones.

Algunas personas viven una doble vida: en su casa son terribles, mientras que en las relaciones públicas son muy agradables. A veces, se descubren máscaras que ocultan las realidades. Se podría seguir enumerando, pero es obvio que algo no está bien orientado.

También conviene reconocer que la acción de Dios suele ser sorprendente y que las conversiones silenciosas del corazón suceden con mucha mayor frecuencia de lo que nosotros sabemos. Son personas que se arrepienten y llegan a una paz interior muy profunda.

“Dios hizo grandes maravillas y su nombre es Santo”.

Intentaré presentar una respuesta a este conflicto que, si no es bien abordado, es causa de muchos desalientos y frustraciones: ¿Cómo llegar a la conversión del corazón? ¿Para qué

intentar mejorar si no hay resultados reales? ¿Cómo evangelizar personas que viven culpabilidades y con fuertes amarguras y depresiones? ¿Cómo ayudar a superar dicotomías y doblajes?

CUATRO CONVERSIONES VERDADERAS EN LA BIBLIA

Jacob

En algunas páginas anteriores, se ha citado a Jacob como signo de debilidad. Al analizar su historia se puede descubrir una conversión verdadera del corazón.

Lucha contra Dios, con quien estaba en conflicto y durante esa noche se produce ese encuentro decisivo.

Queda cojo, es decir, debilitado y frágil. Al amanecer, Dios le dice: “Ahora te llamarás Israel”, y él será la raíz del pueblo escogido.

Se reconcilia con su hermano Esau, Génesis 32, y es una reconciliación real. Lo trata de “mi Señor” y se encontró consigo mismo, asumiendo su pasado y su verdad.

Recorre los tres momentos en los cuales se produce la reconciliación real: Dios, el prójimo y consigo mismo.

Simón Pedro

Niega a Jesús tres veces “antes que cante el gallo”, tal como el Señor se lo había anunciado. Un hombre arrogante y seguro de sí mismo que traiciona a Jesús durante su Pasión.

Se atemoriza y se asusta por su cobardía y dice el Evangelio que “Jesús le miró” y “Pedro lloró amargamente”. (Mt 26,27).

Allí se produce la conversión. Se encontró con Jesús, se dio cuenta de cuál era su verdad, su fragilidad, se sintió vulnerable y se reconcilió consigo mismo.

Quedó herido y sólo se recupera cuando Jesús le pregunta por tres veces si lo quiere. (Jn. 21, 15-18). Recibe el perdón y será Pastor de toda la Iglesia. Será el primer Papa y su vida es la de un convertido de verdad.

Zaqueo

Quiere ver a Jesús, pasó por el ridículo de subirse a un árbol “porque era de pequeña estatura”, Jesús lo llama, le pide ser recibido en su casa y allí Zaqueo que era ladrón, se convierte, “devuelve lo robado” y “entregará la mitad de sus bienes a los pobres”.

Allí sucede una conversión. Se encuentra consigo mismo y se reconcilia, recibe el perdón de Cristo y se reencuentra con tantas personas que antes lo rechazaban.

“Llegó la salvación a esta casa”. (Lucas 19. 1 al 10).

San Pablo

Perseguía a los cristianos, cuando fue derribado del caballo casi al llegar a la ciudad de Damasco, para continuar su tarea represiva. Jesús se le aparece en el camino y le dice: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”.

Es el mismo proceso que los anteriores. Es una transformación que lo lleva a ser el gran Apóstol de la Iglesia.

Se va por tres años al desierto y regresa a la comunidad para dar su mensaje.

Muere decapitado en la ciudad de Roma, por su fe en Jesucristo y por su amor al Evangelio y a la Iglesia.

LOS CAMINOS DE LA RECONCILIACIÓN

Pensar en conversión del corazón presupone tres pasos fundamentales:

Encuentro con Dios

El primer paso es el ser conciente de que Dios está en el corazón, es la condición para que nazca el “hombre nuevo”.

Es el encuentro con el “Huésped” que nos habita, que se nos revela y nos libera. Se pasa de lo posesivo a lo oblativo, de un diálogo egocéntrico a un diálogo de amor.

Dios puede crear espacios interiores de libertad. Él vacía el corazón de uno mismo y lo invade con su Presencia, y así se llega a la unificación con nuestra mayor identidad.

San Agustín tiene esta experiencia y puede hablar de la belleza de Dios, de una “vida plena de Dios”. Puede decir “tú estabas en mí, pero yo no estaba contigo, tú estabas dentro y yo andaba fuera”.

Quienes sólo tienen un concepto de Dios, sin esa fe viva que lleva a la verdadera libertad, no podrán entender a los que han vivido esta experiencia de Dios.

Encuentro con la propia verdad que lleva al perdón de sí mismo.

El segundo paso es el encuentro que nos lleva a perdonarnos a nosotros mismos. Se encuentra a Dios y se llega a una reconciliación con nuestra realidad y a un encuentro consigo mismo. Es descubrir al hombre y a Dios en forma simultánea. Es descubrir y valorar la dignidad y el respeto que debe tener toda persona sobre sí mismo.

Algunas conversiones son sólo moralistas porque no llegan a este encuentro con la propia verdad. Pueden haber cambios de conductas, pero no se ha llegado al corazón de la verdad.

La conversión del corazón es regalo de Dios, significa renacer con los ojos de la fe y entender que Dios es Amor.

Este renacer de nuevo requiere silencio, contemplación, adoración y humildad.

Encuentro con el prójimo en una experiencia de fraternidad.

Es el tercer momento que significa llegar a la fraternidad, en donde se deja de buscar diferencias para llegar a las comparaciones, lo cual no siempre es positivo, pero sucede con bastante frecuencia.

Jesús es Solidario incondicional y la fraternidad está integrada a su Ser.

“Revestirse de humildad en las mutuas relaciones”.
(I Pedro 5,5).

Es servir sin afanes de competencia, con humildad. La competencia es un valor, pero fácilmente se transforma en un

peligro y es un enemigo para muchos.

Es el servicio radical donde la vida es fraternidad compasiva y eso es mucho más hermoso que la rivalidad o destrucción de los otros. Es la maravilla de la primitiva Iglesia.

“Los creyentes vivían unidos, con todo en común”. (Hechos 2.44). Era la pobreza verdadera, en donde eran solidarios y compañeros de viaje.

Jesús no entra en la competencia: “Se anonadó de sí mismo y se rebajó a la condición de esclavo”. (Filip 2,6-7).

Jesús es desarraigado y no apegado a su Persona.

“El consagrado puede ir a todas partes y no habrá forma de atraparlo. Si tiene ataduras, se convertirá en un hombre vulgar” (Chesterton, en su libro sobre San Francisco).

Hoy existe demasiada “auto referencia”. Las rivalidades son grandes, aún en la Iglesia. Se requiere saber escuchar recordando que hay muchos “sordos” y bastante soberbios.

Faltan signos de pobreza y desarraigo.

La Eucaristía es el gran signo de la fraternidad. En “la fracción del pan” deberíamos eliminar los prejuicios y las murallas.

La acción es el gran test de la credibilidad porque “la fe sin obras está muerta”.

Una conversión verbal que no se traduce en vida y en obras es una ilusión peligrosa. La conversión real lleva a desarmarse, de querer siempre tener la razón y de justificarse, mediante la descalificación de los otros.

Se deja de estar demasiado aferrado a las ideas o a proyectos propios, y se aceptan con mayor facilidad los proyectos presentados por otros.

Habrían menos comparaciones y el miedo quedará entonces en un segundo plano.

Desarmarse significa estar abierto a Jesucristo, quien hace nuevas todas las cosas. Él borra el pecado y regala una etapa nueva más abierta y solidaria.

LA MARAVILLA DEL PERDÓN

“Jesucristo es nuestro perdón”, escribió un Padre de la Iglesia y en el perdón siempre se encuentra paz y esperanza.

¿Qué sucedería en el mundo y en cada uno de nosotros si no existiera el perdón?

Cuando se guardan rencores y resentimientos, se queda con una espina clavada en nosotros que sólo se sana cuando esa espina logra salir y queda el corazón en paz.

Ayuda leer la clásica historia de San Jerónimo: “Siendo joven, San Jerónimo tenía mucho que aprender y se encontraba inmerso en la desesperación. A pesar de sus generosos esfuerzos, no obtenía ninguna respuesta del cielo. Iba a la deriva, sin timón, en medio de sus tempestades interiores; las viejas tentaciones familiares no tardaron en levantar cabeza. Jerónimo estaba desanimado. ¿Qué había hecho mal? ¿Dónde encontrar la causa de este cortocircuito entre Dios y él? ¿Cómo restablecer el contacto con la gracia?

Jerónimo estaba así, cavilando, cuando descubrió un crucifijo pendiente de las ramas secas de un árbol. Jerónimo se echó por tierra golpeándose el pecho con un gesto solemne y vigoroso.

Jesús rompió el silencio y se dirigió a Jerónimo desde lo alto de la cruz:

- Jerónimo, ¿qué tienes para darme? ¿Qué voy a recibir de ti?

La voz de Jesús bastó para devolver el ánimo a Jerónimo, quien pensó inmediatamente en algún regalo que pudiese ofrecer a su amigo crucificado.

- La soledad en la que me debato -respondió.
- Excelente, Jerónimo -respondió Jesús-. Te lo agradezco. Has hecho todo lo que podrías, ¿pero tienes algo más que ofrecerme?

Jerónimo no vaciló un momento. Evidentemente tenía multitud de cosas que ofrecer a Jesús:

- Naturalmente, Señor: mis ayunos, el hambre, la sed; no tomo alimento más que al ponerse el sol.

De nuevo Jesús replicó: - Excelente Jerónimo, te doy las gracias por ello. Haces todo lo mejor posible: ¿pero tienes algo más que darme?

Una vez más, Jerónimo pensó en lo que podría ofrecer a Jesús; mencionó sus vigiliass, la larga recitación de los salmos, el estudio asiduo de la Biblia, de día y de noche, el celibato que intentaba vivir como podía, la pobreza, los visitantes imprevistos a los que se esforzaba por acoger con una cara no demasiado desagradable, en fin, el calor del día y el frío de la noche...

Jesús le felicitaba y le daba las gracias por cada cosa. Jerónimo intentaba hacer todo lo mejor posible. Pero cada vez, con una sonrisa maliciosa, le apretaba un poco más preguntándole de nuevo:

- Jerónimo, ¿tienes algo más que darme?

Al fin, habiendo enumerado todas las buenas obras que recordaba y como Jesús le volvía a hacer la misma pregunta,

un poco desanimado y no sabiendo ya a qué santo encomendarse, Jerónimo balbuceó:

- Señor, te lo he dado todo, no me queda verdaderamente nada.

Entonces se hizo un gran silencio en la gruta y en los confines del desierto de Judá, y Jesús replicó por última vez:

- Jerónimo, has olvidado una cosa: dame tus pecados, para que te los pueda perdonar”.

El perdón es una de las maravillas del amor de Dios que muestra que todo es misericordia y amor. El perdón significa renacer de nuevo con los ojos del corazón, con alegría y con paz.

“Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quien nos ofende”.

Lewis en su libro “Cristianismo y nada más”, al referirse al perdón afirma que es la virtud más impopular en la vida cristiana. “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” significa, en la moral cristiana, que “tu prójimo” incluye a “tu enemigo” y nos encontramos con el terrible deber de “perdonar a nuestros enemigos” “y no hay posibilidad de que seamos perdonados en otras condiciones”.

Podemos ser perdonados por Dios, “así como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido”.

Lewis propone empezar por lo más fácil: “perdonar al marido o a la esposa, a los padres o a los hijos o a quien ha dicho algo malo”.

Es un error, según este autor, partir con el perdón hacia lo más difícil. Él sufrió la persecución de la Gestapo en Alemania y por eso propone iniciar el perdón por lo más cercano.

“Amarás a tu prójimo” no significa tener cariño ni sentir simpatía por él.

Para muchos, amar al enemigo significa pensar bien de esa persona, pero eso no es verdad. Casi siempre se seguirá pensando que el otro es un bandido sinvergüenza. Perdonar no significa creer que el otro es bueno, o que está tratando de ser mejor. El otro seguirá tan malo, pero nosotros hemos perdonado y sacado el rencor de nuestro corazón.

Perdonar es mirar con una visión diferente, pero realista.

No se pueden olvidar las acciones del otro, pero sin odiar a la persona que las cometió: “Es odiar el pecado sin odiar al pecador”.

Un juez cristiano puede condenar a un hombre, un soldado cristiano puede matar a su enemigo. Es diferente matar que asesinar. El pecado está en el odio, pero es posible matar en defensa propia sin odiar, se puede fusilar sin odio a una persona condenada a la pena de muerte por la justicia y las leyes.

Amar al enemigo es desear su bien, pero no sentir simpatía por él ni decir que es una buena persona cuando no lo es. En Chile, existen los familiares de los detenidos desaparecidos. Ellos nunca podrán olvidar y siempre buscarán la verdad, pero lo deseable es que lleguen a perdonar y sacar el odio de su corazón. Sería una sanación para ellos porque guardar odio enferma la vida.

LA EXPERIENCIA DE UN CONFESIONARIO

Durante mucho tiempo tuve la gracia de confesar durante muchas horas seguidas. Cada siete de diciembre lo hacía desde las nueve de la mañana hasta las dos o tres de la madrugada.

Durante algunos años, pude ir en esa noche a confesar en el Santuario del cerro San Cristóbal, para la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Escuché tanto y palpé lo que era la verdadera conversión y la acción de Dios.

No deseo entrar en detalles, pero puedo atestiguar que, a través de este sacramento se entienden tantas cosas, se conoce el amor de Dios y la fuerza del perdón. He visto verdaderos milagros de sanación los cuales me han sorprendido enormemente al ver el amor de Dios que se muestra en esas reconciliaciones con el Señor.

Yo soy poco demostrativo, pero algunas veces, después de escuchar algunas confesiones, me he quedado llorando.

Es un don de Dios.

Actualmente, el número de cristianos que solicita este sacramento ha disminuido notablemente y es de esperar que esta crisis sea transitoria.

Le pido a Dios que se recupere este sacramento que tiene tanta importancia y valor.

Fui Capellán de un hospital y recuerdo al enfermo que me decía ser ateo y no creía en nada. Un día me mandó a llamar y recibió todos los sacramentos. Esa noche, en forma inesperada, Dios se lo llevó a su Reino. Habría tanto que escribir, pero sólo deseo expresar que la misericordia de Dios es infinita.

Algunos sacerdotes huyen de las confesiones. Creo que existe un temor a ser intermediario entre Dios y los hombres. Pienso que no han entendido esta realidad tan hermosa.

Es fundamental profundizar cada vez más en el capítulo XV de San Lucas, en el hijo pródigo, en el Pastor que dejó las noventa y nueve ovejas para buscar la que se había perdido, en

el perdón a la mujer sorprendida en adulterio, en Zaqueo que repartió la mitad de sus bienes.

Todo el Evangelio muestra la alegría de Dios al recibir a quien lo busca con sinceridad.

La confesión debe ser motivo de alegría y nunca un temor a ser reprendido. Cada día se me hace más difícil negar a un cristiano la absolución de sus pecados. Dios es misericordia.

El sigilo sacramental se ha mantenido a través de los siglos y la Iglesia lo ha cuidado como un tesoro. A modo de información: está reservado directamente al Papa dar el perdón al sacerdote que faltare a este secreto, lo cual muestra la importancia de este sacramento, que nunca debe ser violado.

Pensar en el perdón de Dios, en verdaderas conversiones a través de la Historia ayuda en forma muy importante a creer en la misericordia y en el amor de Dios.

Al final de la vida, es de esperar que podamos decir “todo es misericordia”. Ese pensamiento puede expresarse si hemos entrado en el amor de Dios manifestado en Jesús. Él siempre perdonó y muestra el camino de la misericordia.

Por grandes que sean nuestros pecados, el amor de Dios es mucho mayor.

Preguntas

¿Hemos llegado a la conversión del corazón?

¿Sabemos perdonar?

¿Creemos en la misericordia de Dios?



María nunca perdió el primer amor

CAPÍTULO VIII

**LA PÉRDIDA
DEL PRIMER AMOR**

Apocalipsis 2, 4

VISUALIZAR UNA REALIDAD

En el Apocalipsis 2,4 se escribe a la Iglesia de Efeso: “Yo conozco tus obras y tus trabajos y sé que sufres pacientemente. No puedes tolerar a los malos, sometiste a prueba a los que se llaman a sí mismo apóstoles y los hallaste mentirosos. Tampoco te falta la constancia; has padecido por mi nombre sin desanimarte. Sin embargo, tengo en contra tuya el que has perdido tu primer amor. Mira, acuérdate de dónde has caído y arrepiéntete, volviendo a hacer lo que antes sabías hacer”.

Es una de las siete cartas que escribe San Juan el Evangelista a las Iglesias de Asia y está dirigida a una comunidad, o sea, va más allá de las personas, escrita para laicos y para consagrados, a los casados, solteros y a todos los cristianos de Efeso.

La crisis del primer amor afecta a los religiosos, a los sacerdotes y a los matrimonios. Es el amor que sufre en las diversas etapas de la vida.

El peligro de la duración, en toda vida humana, es el desgaste del ideal, es la monotonía que puede llevar a una rutina malsana. Es la tentación de la mediocridad y el deseo de transar los valores del Evangelio por aspiraciones de comodidad o de una mala resignación.

Si se acepta esa monotonía, se llega al desaliento y suele ocurrir lo que le sucedió a la comunidad cristiana de Efeso. El Ángel de la Iglesia de ese lugar escribe: “tengo en tu contra que has perdido tu primer amor”.

En el matrimonio, en el sacerdocio y en la relación de padres e hijos siempre hay una realidad fundamental: es el amor, su calidad, su orientación y su fuerza.

La vida familiar y el sacerdocio se construyen en el amor; un hombre o una mujer se consagran a Dios por razones de amor. La vida matrimonial está basada en el amor; pero suele pasar que las relaciones humanas se deterioran y se hacen utilitarias. Al no haber amor se entra en el cálculo, en la estrategia y en la conveniencia, con lo que la vida se deshumaniza.

San Pablo nos recuerda que, sin amor, la vida no tiene sentido. (1 Corintios.13). Aún cuando vivamos con fe, con sabiduría y con inteligencia, el amar es esencial. Si lo cuidamos, descubriremos que crece en la medida en que se comparte. El amor es el camino para construir la vida humana, valorizar a las personas y ayudarlas a crecer.

La falta de amor es semejante a una puerta con sus bisagras estropeadas. Abrir esa puerta resultará muy difícil; si se deja cerrada, nadie puede entrar; si se deja abierta, se perderá la intimidad y entrará el desamor que es causa de guerras y enemistades. La falta de amor genera ambiciones de poder, utilización de las personas y todas las expresiones del egoísmo con sus terribles consecuencias. El desamor destruye a las personas y mata las relaciones humanas.

Un sacerdocio o un matrimonio sin amor están destinados al fracaso. El egoísta sólo sabe amarse a sí mismo, vive sin alegría y sin paz porque no sabe amar. Y son millones los que nunca han amado de verdad.

El cielo es la plenitud del amor, el infierno es la incapacidad de amar. Y si algunas personas han hecho de su paso por la tierra un infierno, es debido a que nunca han sabido amar.

Existe la posibilidad de perder el amor y esa es la queja del Apocalipsis a los hombres de aquel tiempo. Es la palabra del Evangelio de San Mateo: "La maldad enfriará el amor de muchos". (Mt. 24,11).

Esta comunidad había perdido "el primer amor". La Biblia nos dice que "Dios conocía sus trabajos y cómo sufrían pacientemente. No les faltaba la constancia y padecían por el Señor sin desanimarse", pero habían perdido la fuerza del amor.

Juan Pablo II dijo en Chile: "¡No hay peor desgracia que el enfriamiento del amor!".

"Acuérdate dónde has caído y arrepíentete, volviendo a hacer lo que antes sabías hacer". (Apocalipsis 2,5).

La complejidad de la vida nos va indicando que siempre hay múltiples razones en los acontecimientos humanos y estas razones suelen estar entrelazadas. En el plano humano, estas crisis, con frecuencia, nacen por no sentirse valorado y apreciado por los otros. No basta ser estimado por lo que uno hace, se necesita ser querido por lo que uno es. En el plano de la fe, se genera al no haber oración verdadera, al no cuidar la fe, al olvidar que la oración es "una atenta espera de amor".

Otra gran explicación a las crisis del amor primero, especialmente en los sacerdotes, radica en la sensación de lo impermeable que es el mundo que nos rodea a las vivencias de la fe. Es frecuente que el mundo no reciba el Mensaje porque se ha colocado una capa protectora que impide recibir la Palabra de Dios y esa realidad trae desalientos que pueden debilitar el amor.

Es necesario cultivar actitudes interiores y cuidar el primer amor. El corazón necesita construir la vida con alegría y optimismo. Qué necesario es mirar lo que sucede con un corazón predispuesto a lo positivo y descubrir la bondad y la belleza en los acontecimientos y en las personas. Es fundamental escuchar las palabras y los acontecimientos. Escuchar significa mucho más que oír.

Habrá que reconocer nuestras debilidades y nuestros aspectos más frágiles para saber cómo asumirlos. Nuestras historias personales, bien asumidas, son caminos de crecimiento en el amor y se necesita abordar esa verdad con realismo y fe.

No parece inútil recordar que “perder el primer amor” no significa lo mismo que no “sentir el amor”. La sensibilidad puede estar o no acompañando al amor.

¿Qué hace un sacerdote cuando percibe que perdió la primera caridad? ¿Qué hace un esposo o una esposa cuando descubre que su matrimonio está cerca del naufragio? ¿Qué hace un consagrado a Dios que ya no encuentra sentido a lo que vive porque la fe se le debilitó y siente que el mundo le parece extraño y hostil?

¿Qué sucede al pastor que se transforma en funcionario y no acompaña a las personas en la búsqueda de Dios y busca maneras de defenderse para no tener problemas o llega a una indiferencia, tanto o más dañina?

Es sabio el pensamiento popular:

“El cura que no procura llevar los hombres al cielo, que deje de ser pastor y que se transforme en arriero”.

LOS TIEMPOS DEL AMOR

La vida va adquiriendo diversas expresiones porque se va modificando la calidad del amor en las distintas etapas de la vida.

Pienso, especialmente, en el amor matrimonial y en el amor sacerdotal, en los casados y en quienes han tratado de consagrar su vida al servicio de Dios y de los hombres.

En los matrimonios

Dios es amor y el amor siempre será un milagro de Dios. El amor siempre tendrá un proceso de desarrollo con etapas diversas, que van desde la atracción inicial, pasando por la vivencia y conciencia de las limitaciones, hasta la desnudez final del alma que, plenamente consciente de su fragilidad y sus limitaciones, reconoce el milagro de amar y ser amado simplemente porque sí, a pesar de las limitaciones físicas e intelectuales. El amor gratuito, plenamente despojado de los pobres esfuerzos que la vanidad inventa, es el amor final, el más puro, el más verdadero. Estas etapas suceden en el amor a Dios y en el amor al prójimo.

Solicité a un laico casado su experiencia y él escribió:

“Al comienzo, el amor se da basado principalmente en el atractivo estético, en el entusiasmo que genera la belleza física o espiritual de lo que amamos, y así amamos y somos amados, un amor apasionante, nunca rutinario, pleno de futuros atrayentes y mágicos, en donde no se avizoran problemas, sino sólo plenitud, alegría. Es el amor, siempre atractivo y rutilante, donde no existe el cansancio ni el peso de la vida. Es el amor de los novios y de quienes buscan formar un hogar.

Muchas veces ese amor desemboca en el matrimonio y la vida cotidiana va mostrando aspectos nuevos. No siempre se amanece de la mejor cara o con el mejor ánimo, no todos los días son de sol. Aparecen las dificultades propias del trabajo, el financiar los gastos de la casa, el sexo no parece tan fantástico como lo habían pintado, aparecen los cansancios y las canas, el ser amado no es como nos lo habían mostrado o como creímos verlo.

Más adelante, se presentan más patentes también nuestras propias limitaciones: se cae el pelo, no se gana el gran sueldo que se esperaba, no siempre nuestros chistes son graciosos, no somos el tipo atractivo, galante e indestructible que creíamos ser. Aparecemos ya de verdad, con nuestras limitaciones y atractivos pero vitales aún, con mucho que hacer en la vida, desde nuestro ser real. Aparecen algunos rollitos en el abdomen, la frente se hace más amplia porque el pelo se cae, se pintan las canas y no son raras las pelucas, especialmente en las mujeres, aunque esto sucede después de un largo tiempo.

Van transcurriendo los años y las dificultades son cada vez más notorias en la salud y en las arrugas, los hijos crecen y van adquiriendo vuelo propio, en la oficina ya no somos tan importantes e imprescindibles como éramos antes, nos duelen los huesos, se nos ha seguido cayendo el pelo, aumentan las canas y el sobrepeso. Y, de repente, nos damos cuenta de que han pasado tantos años desde que éramos unos adolescentes atractivos y plenos de energía, miramos nuestra fecha de nacimiento y nos damos cuenta de que nos acercamos a la vejez.

El amor es un cultivo paciente, pleno de silencios y de susurros, que hay que saber escuchar, con el fino oído de

quien teje lo fino, sutil y delicado. Es un tacto liviano, consciente de la fragilidad del ser amado, que cuida tocar y acariciar sin herir, porque sabe lo que duele el dolor.

El amor se va despojando de todos los envoltorios, de todos los atractivos meramente carnales o sensibles, y va conectándose cada vez más centralmente con el alma y la esencia del ser amado.

El amor sabe escuchar, sabe esperar, trata de conocer y amar cada pequeña cicatriz, cada detalle del ser del otro, porque son de aquel a quien amamos.

Pero el gran milagro es que, a pesar de toda esa pérdida de atractivos a la luz de lo exterior, igual podemos ser amados con nuestras torpezas y limitaciones; podemos ser amados a pesar de no ser espectaculares amantes, porque somos nosotros, simplemente. Ni el envejecimiento ni la pobreza ni el deterioro nos hacen no amables; tantas veces uno ve a parejas de ancianos, viejitos ya, que se acompañan y se quieren a pesar de todos sus achaques y miserias, despojados ya de toda vanidad humana, tomados de la mano, con las huellas del paso del tiempo, pero habiendo desarrollado el amor desde la esencia, más que desde la mera circunstancia externa, tan atractiva como efímera”.

Hasta aquí presento la voz de un laico. Estoy seguro que la voz de una mujer casada sería parecida y que ella explicaría la crisis de la menopausia y sus intervenciones quirúrgicas.

El amor primero consiste en amar el Amor, ese único amor de donde emana todo el resto; éste es el amor principal, el que debe ser nuestra piedra fundacional, sea en una vida sacerdotal, sea en una vida laical. Es asumir que sólo el Amor es

capaz de darle sentido, continuidad y coherencia a nuestra vida, la conciencia de que ese Amor es el que permite amar y ser amados por la esencia de lo que somos, más allá de los dones que hayamos recibido. Ese es el misterio y dignidad de la que el amor humano está revestido.

Es necesario tener buena memoria y no olvidar al amor primero, ese primer latido que nos impulsó a abrirnos a un largo camino. Es necesario tener conciencia de que envejeceremos, de que lo que hoy tenemos quizás mañana faltará, a fin de saber qué es lo esencial y perdurable de nuestro amor, aquello en lo cual se funda.

Si olvidamos ese primer movimiento de alma, o si olvidamos que lo atractivo podrá agotarse, será mayor el riesgo de desdibujar nuestro camino y perderle sentido de lo que vivimos, convirtiendo nuestra vida en un mecanismo vacío, carente de alma, más allá de lo práctico y cotidiano.

En los consagrados a Dios

Al igual que en los laicos, el amor primero en la vida de los consagrados no es un camino lineal, sino que está lleno de vaivenes, cambios, cuestionamientos dados por la sociedad, los procesos espirituales, biológicos y culturales. Probablemente la autoimagen, como proyección, que tenía un sacerdote al iniciar su ministerio es muy diferente de lo que ve de sí mismo al entrar en la madurez mayor del espíritu. Los sueños, las imágenes de la Iglesia, el modo respecto a cómo transmitir el Evangelio, todo ese amor profundo y entusiasta por Cristo y su Iglesia va cambiando, perdiendo ese "enamoramiento", tan semejante a los enamorados en pareja. Porque es su fe la que tiene que irse profundizando y encarnando cada día, en fecundo diálogo con Jesús, con su tiempo y consigo mismo.

El sacerdote es un comunicador de la Palabra de Dios y requiere seguir un proceso constante de ir a la esencia y de buscar la santidad a través de una permanente búsqueda del rostro de Dios.

¿Cómo integrar el paso del tiempo y sus lecciones sin perder el Amor primero, el que fue el motivo principal de su vocación religiosa, al dejarlo todo por Jesús?

La respuesta está en ir actualizando ese diálogo entre la vocación, el Evangelio y la propia interioridad para que ese amor no se quede atrás; si la imagen de sacerdote se queda en lo que se veía al tener 30 años cuando se está en otra etapa de la vida, ese desfase cobra la cuenta, en aspectos como el celibato, la vivencia de soledad, el cuestionarse si la Palabra es efectiva, o si es más eficaz ser laico y trabajar en el mundo temporal. Ser plenamente sincero consigo mismo y con Dios es indispensable para que no se pierda el norte y el sentido de lo que vivimos y hacemos.

Al no tener una vocación para vivir en un monasterio contemplativo, la relación con el mundo es muy relevante. El ser creativos, el desencasillarnos, el ser capaces de romper moldes, prejuicios y barreras a fin de poder ser el sacerdote o la religiosa que HOY se requiere es primordial, pues la vocación al servicio de Jesús en su Iglesia es un llamado a la persona particular por parte de Jesús, y Él quiere que cada uno aporte su individualidad específica, transformada y revitalizada en su Amor; no quiere sacerdotes y religiosos hechos en serie, impersonales y distantes. Tal como vamos madurando como personas, debemos también ir madurando en nuestra fe y en nuestra vocación, redescubriéndola y recreándola cada día, tratando de escuchar a Jesús a través de la oración, de los signos de los tiempos y de las personas. Es el amor el alimento de una vocación, lo que le da sentido. No es un conjunto de dogmas que

defender como verdades intransables, sino la persona de Jesús, encarnada en aquellos a quienes servimos. No olvidar lo que dijo Alberto Hurtado: "El pobre es Cristo".

Para no perder el amor primero se requiere asumir en forma vital que Jesús no nos abandonará jamás, ni en la enfermedad ni en el deterioro. Es saber y vivenciar que ese amor especial con Él es un amor personal y para siempre, que va cambiando según las etapas de la vida, y que está tanto en la fuerza de los primeros años como en la tranquila sabiduría de los que vendrán; es un amor de alma, más allá de toda circunstancia. El amor sufre crisis y San Pedro tiene mayor amor por Jesucristo después de haberlo negado tres veces.

Es necesario recordar que cuando anunciamos la Palabra de Dios no estamos simplemente predicándole a algunas personas, muchas o pocas; debemos tener presente que estamos revestidos de Cristo y es a Él a quien deben escuchar, no a uno mismo; no olvidar jamás la ternura espiritual, especialmente con el pobre y con el pecador, pues ellos son los favoritos de Jesús. Si hacemos de ese amor comunicado nuestra característica ministerial, el amor que vuelve a nosotros, aumentado, nos dará la fuerza y la lucidez para ir cada día purificando nuestra vocación, sólo si transmitimos el Amor que Jesús tiene a sus criaturas, seremos creíbles y mostraremos mejor el rostro de Jesús. Ayuda bastante el cuidado y el respeto por lo sagrado y por todas las cosas de Dios. Mantener y proyectar esa ternura por lo que es de Dios es indispensable. Al revés, vulgarizar los sacramentos y la Palabra del Evangelio puede quebrar un sacerdocio que tuvo un buen inicio.

En laicos y sacerdotes

Nuestra vida debe ser un testimonio, laical o sacerdotal, que enseñe cómo vivir el Evangelio en cada etapa de nuestra vida, en diálogo sincero con nuestro espíritu y nuestro tiempo; seamos conscientes que en estos tiempos también Jesús está escribiendo su Mensaje y que es esa escritura la que debemos descubrir y ser capaces de leer, entender y orientar. Un corazón que siempre escuche será tardo para condenar y despierto para entender, teniendo el Amor de Jesús como primer referente. Un corazón que verdaderamente asume que la vida no termina con la carne meramente envejecida, pues algún día resucitaremos, renovados en Cristo, para siempre; un corazón que asume que más allá de las circunstancias, el Amor de Dios permanece con nosotros eterna y personalmente.

CUANDO SE QUIEBRA EL AMOR

A pesar de todos los cuidados y de las preocupaciones por mantener el amor primero, sucede lo que aconteció a los cristianos de Efesio. Se pierde el primer amor.

En los **matrimonios** se produce el quiebre y llega un momento en que ambos, o uno de los dos, percibe que ya el amor está en crisis.

La mayor razón está en la infidelidad conyugal. Él o ella encuentran otro rostro y lo que se inicia como un juego, suele terminar en tragedia. No es del caso escribir sobre las crisis de infidelidad matrimonial que tienen diversas expresiones. Lo extraño es que casi siempre quien ha sido infiel sigue amando a su primera mujer o a su primer marido.

Otra causa de esta pérdida del amor está en la indiferen-

cia, en no cuidar las relaciones humanas, en ignorar lo que le interesa a la otra mitad. La indiferencia es más grave que la agresividad y cuando todo da lo mismo se ha resquebrajado el amor.

En **los sacerdotes y consagrados** también existen estas crisis. Alguien decía que cuando el sacerdote empieza a mirar por la ventana, o sea, se distrae de su vocación, se está iniciando un problema.

Llegan las tentaciones: el deseo de asegurar el futuro, la búsqueda de compañía en un camino en el cual se escogió la soledad. En otros, será el deseo de comer mejor y tener mayores comodidades. Con los años, el celibato se presenta fácilmente como ausencia de paternidad y surgen las compensaciones y la búsqueda de una vida burguesa.

Es penoso, pero sucede que algunos consagrados a Dios no tienen presente que son seguidores de un Cristo Crucificado y que este seguimiento significa radicalidad de vida y no refugiarse en la mediocridad o en pasarlo bien.

En el fondo, es la infidelidad a los compromisos de entrega total a Jesús. Muchas veces será el espíritu burgués, la dejación y el cansancio. Cuando hay exceso de actividad y poca oración, fácilmente llegan las tentaciones y entran los pensamientos que susurran: ¿Para qué ser un Quijote que vive sólo para los otros?, ¿Qué sentido tiene una vida de testimonio?

No se ven resultados. Tal vez no es mi vocación. Surge un rostro femenino atractivo y con mucha comprensión. Otras veces, es el quiebre con la autoridad de la Iglesia. Satanás es inteligente

¿Qué hacer cuando se quiebra el amor primero?, ¿Cómo reaccionar cuando la catástrofe ha sido grandiosa y el derrumbe sólo ha dejado escombros?

Esto sucede, pero siempre habrá alguna esquina rescatable y es verdadero el pensamiento de Paul Claudel: "En el peor de los piratas hay un rincón de inocencia".

Siempre en esas vidas destruidas permanecen semillas de esperanza y una nostalgia que, bien orientada, puede abrir una pequeña ventana por donde llegue la luz.

Existen naufragios matrimoniales completos, en los cuales, la separación definitiva es inevitable y habrá que ver si hubo causales para una posible nulidad de dicho matrimonio, porque casi siempre aparecerá un nuevo rostro y quien llegue a esa situación, se sentirá alejado de la Iglesia.

También sucede que algunos sacerdotes deben dejar de ejercer el ministerio sacerdotal, ya sea porque el celibato fue imposible de llevar, ya sea porque su falta de fe los llevó a pensar que no podían predicar algo que no creían.

La doble vida nunca será la solución para estas situaciones aparentemente insuperables y es mejor "aceptar un escándalo antes que negar la verdad". Siempre habrá una manera y un estilo cristiano y civilizado para abordar estas crisis matrimoniales o sacerdotales. Habrá un estilo evangélico, silencioso y humilde frente al fracaso o habrá una forma de "hacer noticia" que va contra el sentido del Evangelio y que hace daño a la Iglesia.

Nunca será sano huir de los problemas y no querer ver que el amor matrimonial se ha transformado en un puñado de cenizas o que la vida sacerdotal es una tragedia de alguien que colocó su corazón fuera de su vocación y no está viviendo lo que predica.

Es de esperar que estos casos extremos sean solucionados con calma, oración, con tiempos prudentes, porque son tantas las decisiones que no son bien pensadas y no se siguen

los criterios de Dios para buscar lo mejor para la familia, en los matrimonios y para la Iglesia en los sacerdotes.

DESPUES DE LOS NAUFRAGIOS

Antes que nada es fundamental que quienes están cerca en estos quiebres matrimoniales o sacerdotales sean comprensivos, tolerantes y con una gran capacidad de perdón.

“Quien tenga oídos que escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias”. (Apocalipsis 2,8).

Deseo entregar la experiencia de una persona con más de sesenta años de sacerdocio que mucho ha visto y escuchado.

“Se quebró todo”, “se hizo lo que se debía hacer”, “no había otra alternativa” son las frases que se escuchan después de los naufragios. Además, por regla general, quienes entran en crisis se aíslan y no comunican su problema a quienes pueden ayudar. Quien sufre esta situación, se vuelve ensimismado y cierra los puentes a un diálogo real. Lo más grave es que se produce el alejamiento y a veces la rebeldía con Dios. Disminuye la vida de oración y se va generando un círculo vicioso aparentemente sin solución.

Pero existe una voz posterior, generalmente entre veinte y treinta años después de lo sucedido, que nos dice que nunca se había quebrado todo y que habían otras alternativas.

He visto tantas veces renacer el amor en un matrimonio desecho; tantas reacciones de amor donde solo se veía el odio y el resentimiento. El amor y el odio suelen estar más cercanos de lo que parece.

No creo en los naufragios totales.

Siempre es posible recuperar el primer amor. Esta no es

una afirmación superficial. Soy testigo de verdaderas resurrecciones en el amor. He visto cómo desde las cenizas brota un nuevo calor y una vida nueva. Quienes las han vivido saben que las maravillas interiores de Dios son mucho más importantes que los milagros de orden físico. El Señor hace maravillas y puede revitalizar un amor debilitado y mostrar nuevos caminos de alegría y de paz.

Igual sucede en la vida sacerdotal, porque el sacerdocio es muy fuerte e imprime un sello indeleble y ese sacerdocio dormido tiene su despertar.

Con los años, pienso que siempre hay respuestas a situaciones aparentemente insolubles.

Deseo expresar a quienes han optado por decisiones difíciles que siempre habrá la posibilidad del regreso a Dios, a la fe, al amor primero.

Todo será diferente y el amor no será equivalente al amor primero; pero toda vida humana es rescatable y no existen los casos perdidos.

Dios tiene diversos llamados en las diferentes etapas de nuestras vidas y cada etapa tiene su misión.

Pienso en lo que sucede en los ancianos que han recorrido gran parte de la vida. Allí se ven tantas sorpresas porque el amor de Dios siempre permanece.

En Dios no existe la crisis del Amor Primero. Su amor es eterno por los siglos de los siglos y Él no puede negarse a sí mismo, como escribe San Pablo al referirse a Jesucristo:

Incluso cuando todo parece perdido y se está en la oscuridad más profunda, es posible encontrar respuestas y salidas que traen paz. No existen caminos sin salida, porque para Dios nada es imposible.

El amor primero siempre puede renacer en el corazón del laico y del consagrado. Tal vez es más posible en el consagrado porque su problema es con Dios. En el matrimonio es más complejo porque está Dios y también existe la otra persona y la familia.

La esperanza nunca se pierde y sembrar semillas de esperanza es fundamental para vivir con alegría y en paz.

Preguntas:

¿Cómo he enfrentado las crisis en el amor a Dios y al prójimo?

¿Creo que nunca existen problemas sin salida?

¿Existe la esperanza?



Felices los que construyen la paz

CAPÍTULO IX

**RELACIÓN
IGLESIA Y MUNDO**

Siempre las relaciones humanas e institucionales son complejas: a veces conflictivas; otras, veces suaves y pacíficas.

La historia de la Iglesia y el Poder Temporal es una historia sorprendente, en la cual se ven tantas situaciones “especiales”. Uso una palabra “especial”, ya que ésta se presta para varias interpretaciones.

El eje de esta relación Iglesia y Mundo se puede sintetizar de la siguiente manera: Cristo, la Palabra de Dios, permanece mientras que el Mundo atraviesa por constantes transformaciones.

Jesús queda, el Mundo cambia. Por esa razón, presentaré la imagen de Jesús en primer lugar.

LA PERSONA DE JESÚS

La persona viva de Jesús siempre será el mejor referente para abordar el tema Iglesia y Mundo. Meditar en su estilo es la mejor manera para entenderlo y vivirlo.

En su diálogo nocturno con Nicodemo, Él dice que “el Padre lo envió al Mundo no para juzgar, sino para salvarlo”. (Jn 3, 1-17).

Ese texto, que aparece en los primeros capítulos del Evangelio de San Juan, muestra la manera de ser de Jesús, sus intenciones y su estilo.

Siempre existirá “la tentación del poder” que ofrece Satanás a Jesús en el desierto. En ese texto evangélico, se lee cómo Jesús rechaza toda ambición o deseo de poder. Satán le “pide convertir las piedras en pan” y toda esa oferta de poder no es admitida por Cristo. (Mt 4,3).

Jesús vio crecer la ambición y el deseo de poder entre los Doce Apóstoles y, consciente de esta realidad, trató por todos los medios de combatir las ambiciones de poder que nacieron en sus discípulos. Les habló sobre “quien era el más grande” Mc 9,34; Lc 9,46 y les enseñó que era necesario ser como los niños para poder entrar al Reino de Dios.

La relación de Jesús con sus discípulos siempre fue ejemplar y testimonial. Él aparece siempre como el “amigo”, quien pide seguirlo por amor y no por imposición de obediencia. Nunca pidió a nadie que renunciara a su libertad. Todo el Evangelio es una invitación, una sugerencia y jamás es una expresión autoritaria.

“Les he dado ejemplo para que hagan lo que Yo he hecho con ustedes”. (Jn 13,15).

El proyecto de vida cristiana parte del testimonio y el ejemplo. En el Evangelio no aparece la palabra obediencia como un poder que se impone.

Jesús tenía autoridad, Lc 5,24, pero no tenía poder. Compromete a Dios en lo que dice y en lo que hace. Es “El Señor del Sábado”. (Lc 6,5). Otros tienen poder sin tener autoridad, lo cual es muy diferente.

Jesús tenía autoridad para enseñar y para perdonar; y todo estaba ligado al ejemplo y al testimonio.

No se puede reemplazar la eficacia por el ejemplo y es peligroso creer más en la eficacia del poder político que en la fuerza del Evangelio, del testimonio y del ejemplo.

Jesús nunca atacó a los romanos, la autoridad en Palestina. Tampoco fue un policía investigador de conciencias.

La Iglesia que es la prolongación de Cristo en la tierra, necesita actuar con esos mismos criterios asumiendo que no es un poder espiritual que se enfrenta al poder temporal.

El buen gobernante en la Iglesia será el “hombre del Evangelio”, el seguidor de Cristo. No hará un buen gobierno el autoritario o “el administrador”. Será “el Profeta” que anuncia a Jesús y no el patrón que establece un sistema de miedo que impide que las personas puedan crecer.

La fuerza de la Iglesia está en el testimonio, en la vida de sus profetas, en el servicio desinteresado y gratuito. Así, tendrá autoridad y podrá influir en la vida del Mundo y, con ello, abordar los temas de fondo.

Conviene destacar que el poder es necesario y que debe estar orientado al servicio del bien común. Toda sociedad necesita personas y mecanismos para gobernar y orientar la buena marcha de las instituciones. Sin gobierno justo y equilibrado fácilmente se llega al caos y a la confusión.

Existe un estilo evangélico, a la manera de Jesús para ejercer el poder y siempre habría que buscar ese estilo y esa forma de gobernar.

ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS

La primitiva Iglesia no tenía poder y es muy expresivo lo que dice San Pedro al paralítico que estaba en la puerta del templo de Jerusalén: “No tengo oro ni plata, lo que tengo te lo

doy, en nombre de Jesucristo Nazareno, camina” y, tras estas palabras, el hombre tullido se puso de pie y empezó a andar. (Hechos de los Apóstoles 3, 4-8).

Los primeros cristianos no eran personas importantes; muy por el contrario: en su mayoría eran pobres, esclavos y, en general, no eran considerados por el Estado. Además, eran perseguidos y muchos sufrieron el martirio por su fe.

A inicios del siglo IV, los libros de historia relatan que en año 310 de nuestra era, el Emperador Constantino se declaró cristiano. Con ellos, cesaron las persecuciones a la Iglesia, y así, ésta va adquiriendo una gran presencia en el mundo, hasta ser declarada la religión oficial del Imperio.

Entonces, la Iglesia llegó a ser un poder temporal semejante al poder civil y, más tarde, los Papas llegaron a tener mayor poder que los gobernantes. Era una sociedad globalmente religiosa y cristiana.

La Iglesia era una potencia mundial que, en la práctica, decidía los destinos de la humanidad. Era árbitro en los litigios, coronaba a los reyes, y tuvo una influencia determinante en la Historia.

En el año 800, el emperador Carlo Magno es coronado por el Papa. Tal vez éste puede ser considerado como el tiempo de mayor poder. En el Renacimiento, el Papa Alejandro VI es quien decide qué parte de los territorios de América pertenecen a España y cuáles a Portugal.

En 1593, Enrique IV, para ser Rey de Francia, fue obligado a convertirse al catolicismo. Él era protestante, y es a él a quien se le atribuye la frase “París bien vale una misa”. Este episodio muestra el poder de la Iglesia Católica durante esos años.

Este poder va disminuyendo: en 1804, Napoleón pide ser coronado por el Papa Pío VII en París pero, en el momento

de la coronación, Napoleón se levantó y el mismo puso la corona sobre su cabeza. Ya no era la Edad Media.

En 1870 la Iglesia es despojada de los Estados Pontificios en Italia y deja de ser un poder temporal. Queda reducido al Vaticano, el cual no pasa de ser una buena parcela.

Algunos analistas políticos pronosticaron que esta pérdida de los Estados Pontificios significaba el final de la Iglesia, pero se equivocaron porque ese fue el momento en el cual la Iglesia, despojada del poder temporal, adquiere mayor libertad para entregar la Verdad. Nacen entonces las Encíclicas Sociales (1891) y se inicia una nueva relación con el Mundo.

El Papa Juan XXIII convoca al Concilio Vaticano II y, en 1965 con todos los Obispos del mundo, promulga el documento que trata las relaciones de la Iglesia y el Mundo. El documento se llama " Gaudium et Spes", lo que significa querer mostrar los gozos y esperanzas de una Iglesia que entra a una nueva Primavera.

TEXTO DE BENEDICTO XVI

En el año 2006, el Papa Benedicto XVI publica su primera encíclica, en donde escribe lo siguiente:

“La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremane-

ra trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien” (Dios es amor. Encíclica de Benedicto XVI).

El documento de Benedicto XVI, es iluminador y muestra cómo es posible llegar a una nueva relación con el mundo en este siglo XXI, globalizado, pluralista y tecnificado. El pensamiento del Papa significa un paso importante para clarificar el documento del Concilio Vaticano II. Se nos pide ser fieles a la Palabra de Dios, pero es necesario escucharla con oídos nuevos, dentro de una historia diferente y sorpresiva. Es un paso que presenta el avance de la Iglesia hacia un Mundo que ya se había proclamado en 1965, con el Concilio Vaticano II.

QUÉ HA SUCEDIDO EN EL MUNDO

El Concilio Vaticano II, 1965, entregó un hermoso documento acerca de una Iglesia que debe estar al servicio del Mundo. Fue un intento de gran valor pero, según muchos obispos que participaron en este evento, este documento estaba incompleto.

Mi opinión es que un documento de esa índole siempre quedará incompleto porque la complejidad y los cambios sorprendentes requieren respuestas nuevas que van surgiendo a través del tiempo. El gran valor del Concilio Vaticano II está en que la Iglesia resuelve, guiada por el Espíritu Santo, salir de la fortaleza en la cual estuvo encerrada para abrirse al Mundo moderno.

La Iglesia, no crea al Mundo pero siempre intentará iluminar lo sucedido y, en este sentido, Ella debe estar al servicio del Mundo, captando lo que ha de venir.. La Iglesia no se adelanta al Mundo pero sí trata de iluminar con la fe en Jesucristo lo que está sucediendo.

Hoy los cambios son más acelerados, debido al avance de la tecnología, aunque existen otros cambios más lentos y silenciosos en el modo de pensar, en las relaciones humanas y de los diversos países, junto con los cambios de mentalidad. Estas son las diferentes maneras de conducir la vida y la sociedad. Se está cumpliendo lo escrito en el Antiguo Testamento, en el Eclesiastés:

“Hay un tiempo para cada cosa y un momento para hacerla bajo el cielo:

Hay tiempo para nacer, y un tiempo para morir, tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado.” (Eclesiastés 3, 1 y ss).

En épocas pasadas, la Iglesia y sus teólogos podían pensar que dominaban la historia y que, debido a ello, podían conducirla. Actualmente no es así. Estamos viviendo una historia desconcertante y sin término. Se le pide a la Iglesia mantener la fe y, simultáneamente, abrirse al sople de la historia.

Ya no estamos en los tiempos del poder temporal de la Iglesia y es necesario entender que otras religiones tienen su verdad que debe ser respetada. Ahora están “los otros”, quienes siempre existieron, pero que actualmente tienen una voz muy poderosa a nivel mundial.

La Iglesia ya no tiene el poder que tenía en la Edad Media y el Renacimiento. Ya no es posible sostener que la Iglesia es un Poder frente al Estado y que su voz tiene que ser obedecida por todo mundo, ya sea este católico o no católico.

La época actual es protagonista de profundos cambios. Durante siglos, el orden dado por la naturaleza no era modificado sustantivamente porque todo estaba establecido.

La tecnológica y la sociedad industrial han

desestabilizado esas bases sustentadoras, las cuales tenían también su respuesta en todo el desarrollo de la vida humana. El Magisterio de la Iglesia ha dejado de ser un referente único para crecientes grupos humanos, en todos los continentes.

Se ve la urgencia de separar en el Magisterio de la Iglesia lo que corresponde a una realidad cultural-temporal, de lo que es fundamental del Evangelio en su esencia, entregada por la persona de Jesús. Hay que tener conciencia que la tecnología llegó para quedarse en la vida humana, modificando muchos aspectos de la vida, haciendo necesario discernir qué elementos de la tecnología van contra el Amor y cuáles van a su favor. La tecnología ha modificado las certezas; se necesita revisar cuáles certezas son permanentes y cuáles son culturales. Se requiere imaginar, además, cómo sería el mensaje que daría Jesús si viniera hoy a anunciar el Evangelio por primera vez, en vez de haber nacido en Nazareth hace ya más de dos mil años.

Algunos llegan a decir que el hombre actual está alejado de Dios, lo cual tiene mucho de falsedad; el hombre de hoy no siente la presencia real de Dios en su vida cotidiana, pero en su interior sigue presente la sed de sentido y de infinito, la sed de Dios. La Iglesia debe ser capaz de mostrar HOY que Cristo vive, que está en todos y en cada una de sus vivencias, sus esperanzas, sus logros, sus fracasos, su vida en general. El amor, como vocación profunda del hombre, no se ha perdido; las ansias de verdad y de justicia están ahí, más presentes que nunca, y en todos esos signos está Dios. Es a ese mundo real y cotidiano al que debemos mostrar el rostro de Jesús, porque toda esta sed de sentido sólo Él la puede saciar.

Es necesario reformular el lenguaje, de tal modo, que se hable de una manera más terrena, llamando a las cosas por su nombre, sin envoltorios, pero sí habiendo discernido cuál es el núcleo central de lo que queremos comunicar. Muchas veces la gente "entiende pero no comprende".

El vocabulario popular es pobre y no entiende gran parte de nuestras palabras. Un solo ejemplo: después de estar años siendo responsable de la comunidad cristiana, viene una persona a preguntarme qué significa la palabra “liturgia”, que ha visto en las prioridades pastorales.

LA VOZ DE LOS LAICOS

He intentado escuchar la voz de los laicos y trataré de expresar de lo que he entendido. Transcribo algunas opiniones laicales:

“Los laicos dentro de la Iglesia son quienes deben mostrar el Evangelio desde su vida laical, lo cual es difícil de entender para los consagrados a Dios que tienen otro sistema de vida, que si bien no siempre tienen el apoyo de un núcleo familiar, no están presionado por situaciones materiales y económicas que son muy gravitantes en la vida de un laico común. De allí la necesidad de intentar que crezca una espiritualidad propia de los laicos, en la cual el sentido del trabajo, de la familia, del ámbito en donde se trabaja, se transformen desde lo meramente trivial a reconocerse como las herramientas con que cada laico puede aportar en la construcción del Reino de Dios.”

“Siempre será necesaria y válida la espiritualidad general, pero la diferencia de contextos entre un laico y un consagrado es un problema que resulta de difícil solución dentro del modelo económico-social y productivo imperante hoy. Este modelo no ayuda porque no favorece el silencio y muestra un esquema sucesivo de actividades en las cuales es difícil pensar y buscar respuestas reales a una situación diferente. Se necesita hacer carne y conciencia que somos los seres humanos los que pueden humanizar la tierra y la vida, nadie lo hará sin los laicos.”

“Es urgente la necesidad de mostrar más cercanamente el rostro de Jesús, más allá de convertir su mensaje en un mensaje encajonado por una serie de esquemas rígidos, que convierten a Dios en un conjunto de prohibiciones más que en un camino de vida y esperanza. Se requiere mostrar un rostro de Cristo dispuesto a escuchar, acoger y comprender las grandezas y las debilidades humanas.

“Hay que mostrar a Jesús, el Hijo del carpintero, el de las Bienaventuranzas, el que no rechazó a María Magdalena. Se requiere mostrar al Jesús sencillo y cercano, el del caminar largo, el que parte el pan, el Maestro de los humildes, el de los que no tienen poder, el que en sí concilia la sencillez de la dimensión humana y la majestuosidad de su ser divino y que, por amor, se hizo carne, donación y sufrimiento entre nosotros.”

“El Jesús que está en la micro, en la calle, en el vecino, en la oficina pública, en el campo, en las cárceles, en los hospitales, el que hace el aseo de la calle, el que está al lado de nosotros, en la vida misma”.

LA PARTICIPACIÓN DEL LAICADO

Estos pensamientos laicales reflejan lo que muchos viven y tal vez no saben expresarlo o temen mostrar lo que piensan y sienten.

Qué urgente es una mayor participación laical. Los eclesiásticos tenemos que escuchar de verdad con los ojos del corazón: oír es fácil, pero escuchar es difícil.

El laico es el protagonista de la historia humana y tiene una importancia vital. Los eclesiásticos tenemos un rol importante, pero existen otras voces que merecen ser escuchadas.

Los temas fundamentales que, tal vez, son los problemas de siempre pero que en un mundo globalizado, como es el nuestro, adquieren mayor relevancia. Es una misión hermosa y atractiva porque es difícil. Es una misión y no sólo un deseo de buena voluntad.

En la medida en que la Iglesia manteniendo su propia identidad, aborde los permanentes problemas fundamentales del Mundo, saldrá más fortalecida, será menos centrada en sí misma y mostrará mejor el rostro de Jesús. El salir de nosotros mismos para pensar en los otros es un tema siempre necesario y vigente.

Es fácil quedarse en los problemas que están a la vista: la violencia, la droga, el sexo descontrolado, el alcohol, las crisis de la familia; pero es importante percibir que esos temas son consecuencias de problemas mayores que provocan estas realidades.

El mundo necesita una justicia social en la cual haya una verdadera equidad y que disminuya la terrible y creciente diferencia entre los ricos y los pobres. Se necesita llegar a un desarrollo integral en donde toda persona tenga dignidad propia y no existan personas de segunda categoría.

Trabajemos por la libertad verdadera. Todos buscamos la felicidad y sólo abordando en forma seria los grandes temas de siempre, será posible vivir en un mundo más humano, más cristiano, en donde la vida encuentre sentido. Sólo así será posible salir de la actual desorientación, de la confusión de los valores y de tantas circunstancias que muestra a una sociedad que parece no tener sentido y la cual vive manejada por los slogans que no iluminan la vida y tampoco traen esa paz que todos anhelamos.

Le pido a Dios que ayude al laicado para que asuma su rol en lo que sucede hoy, en la vida política, en la lucha por la justicia, en el crecimiento del desarrollo integral y en todos los grandes temas que afectan a la humanidad.

Las transformaciones del Mundo constituyen un llamado a revisar nuestras posiciones frente a todos los problemas nuevos que van surgiendo.

Conviene revisarlos con espíritu positivo, buscando respuestas a estas realidades nuevas.

El diálogo real con “los otros” se impone cada día con mayor fuerza.

Se nos pide mayor humildad y reconocer que necesitamos a “los otros” para afirmar nuestra propia identidad y así, entregar la Buena Nueva a este Mundo, apasionante y complejo.

Este es un tema que me sobrepasa. A todos nos asustan los cambios. Que el Espíritu Santo ilumine a nuestra Iglesia y a los cristianos para encontrar respuestas reales y de fondo.

Preguntas:

¿Cómo veo la actual relación de la Iglesia y el Mundo?

¿Cómo ayudar al laicado a asumir sus responsabilidades?

¿Estoy abierto al Mundo o estoy encerrado en mi mismo?

¿Qué es necesario modificar?



San Alberto Hurtado

CAPÍTULO X

LA MUERTE Y LA ETERNIDAD

CONTEXTO GLOBAL

Siempre me ha sorprendido lo poco que muchos sacerdotes hablan acerca de la muerte y la eternidad. Es tarea para los funerales, en los cuales se intenta hacer una catequesis, algunas buenas y otras no tan buenas, y muy poco más.

Todos reconocemos la certeza de morir y de aquí a algunos años los vivientes actuales no estarán en la tierra. Las manos que escriben estas líneas mañana estarán inanimadas y secas. "Desapareció como una sombra", dice el libro de Job. (24,2).

El tema no se quiere tratar. La idea de muerte está acompañada por el miedo, a veces por la angustia, incluso por los comentarios. La Iglesia tiene hermosas oraciones de esperanza y se dice que el alma cristiana va al cielo, pero el temor no es superado.

Creo que la dificultad está en un contexto mucho más global dentro del cual se encuentran la vida, la muerte y el paso a lo definitivo.

VIVIR ES CREER

Se ha escrito que "creer es habitar en lo invisible", y que la fe es la raíz de la vida del espíritu y de la santidad.

Es muy diferente vivir con fe o sin ella. La fe va orientando nuestra conciencia y por eso la Biblia dice “el justo vive de la fe”.

Actualmente, es frecuente escuchar “soy agnóstico”; antes se decía, “soy ateo”. La palabra de hoy es más confusa e indefinible. De todos modos, ambas frases indican lo difícil que es tener fe.

La fe es mirar la vida iluminada con los ojos de Dios y si no se cree en Él, qué difícil será encarar el misterio de la muerte y de la vida.

Dios se manifiesta por la creación en el plano natural y por la revelación al espíritu del hombre en el plano sobrenatural.

La razón humana lleva a descubrir los vestigios de Dios, pero el otro crecimiento, el sobrenatural, requiere el regalo de la fe.

No hay contradicción alguna, si se muestra una complementación extraordinaria.

“Dios se ha revelado de diversas maneras por los profetas. Dios Padre nos ha hablado mediante su propio Hijo”. (Hebreos 1,1 y 2).

El Espíritu Santo, después de la Ascensión de Jesús a los cielos, le comunicó al mundo las últimas confidencias de Dios. Fue a través de los Apóstoles, y así nació la Iglesia en Pentecostés.

La revelación de Dios siempre será un enigma y sólo sabemos que la fe es una gracia y un regalo de Dios. Muchas veces he escuchado “tengo la desgracia de no tener fe”, “cómo quisiera creer en Dios y en la Iglesia”.

Tantos quisieran abrirse a la fe y que la inteligencia sea iluminada por esta gracia, lo cual será siempre un punto de interrogación.

¿Por qué algunos tienen fe y otros no pueden creer?

El pensamiento humano se siente sobrepasado por este misterio.

Es difícil; pero para entender la vida y la muerte como una sola vida, se requiere la fe.

VIVIR ES AMAR

La importancia de una vida se mide por el amor, nadie puede vivir sin él y todo el Evangelio es un mensaje para permanecer y crecer en el amor.

El amor será siempre la gran motivación para vivir y qué verdadero es el texto de San Agustín “conozco el amor por experiencia; pero si me piden una definición, no puedo darla”.

“Dios es Amor” y la felicidad o la desgracia se juegan con el amor.

Siempre habrá diversos aspectos del amor: el amor humano, el amor divino, el amor fraternal. El Papa Benedicto VI en su primera Encíclica, “Deus Caritas Est”, afirma: “Amar es buscar cada vez más la felicidad del otro... y quien quiera dar amor debe, a su vez, recibirlo como don”.

En este contexto podemos afirmar que el cielo es la plenitud del amor; pero lo puede creer sólo quien vive y camina en el amor.

Quien es un monstruo del egoísmo está incapacitado de amar a nadie fuera de sí mismo, y nunca podrá entender bien el cielo porque vive centrado en su mundo, en su pequeño cielo, en una falsa concepción del amor.

El verdadero amor lleva consigo el perdón y el egoísta

nunca será capaz de perdonar ni de perdonarse. Son aquellos que viven un infierno en la tierra.

Ayudará meditar el himno de la caridad de San Pablo, en su carta los Corintios:

“Si no tengo amor”... (I Cor 13)

Son muchas las llagas secretas porque faltó el amor.

Se requiere “conocer y creer en el Amor”, dice San Juan.

El cielo es el amor perfecto. Allí no será necesaria la fe ni la esperanza.

Crear en estas afirmaciones es fundamental para presentar la muerte y la eternidad. Si en nuestra vida no existe este contexto global se hará muy difícil, por no decir imposible, aceptar estas grandes realidades.

Quien no tiene fe y no cree en el amor, difícilmente entenderá estas líneas.

LA MUERTE

La muerte siempre se muestra desconcertante y ambivalente.

Es un castigo del pecado, y nuestro instinto de vivir siempre se rebela frente a un rostro que muere.

Jesús transformó este castigo en una forma tranquila y purificadora, en el acto más bello de nuestra vida. Para un cristiano, morir es entregar su vida a Dios en unión con el sacrificio de Cristo.

La muerte está totalmente unida a la vida y son dos realidades inseparables, siendo la muerte lo más importante de la vida. Es “configurarse con Cristo” hasta la conformidad, con

su muerte Filipenses 3,10.

Es el final de una etapa que lleva a una transformación o transfiguración hacia la gloria, final luminoso que lleva a un tiempo nuevo.

Jesús divinizó el sufrimiento y la muerte por medio del amor.

Entonces, se entiende mejor el pensamiento de Alberto Hurtado: "La vida es para buscar a Dios, la muerte para encontrarlo, el cielo para poseerlo".

La muerte suele ser difícil y sucede, por lo general, cuando la persona se deja llevar a una nueva realidad.

Siempre existirá el temor a lo desconocido, a la enfermedad larga y dolorosa aunque los médicos digan que, actualmente, el sufrimiento está controlado por nuevos medicamentos que lo suprimen o, al menos, lo suavizan.

El Padre Hurtado predicaba bastante sobre la muerte y decía:

- "El concepto cristiano de la muerte es inmensamente rico y consolador: la muerte para el cristiano es el momento de hallar a Dios, al Dios a quien ha buscado durante toda su vida. Es el encuentro del Hijo con el Padre; es la inteligencia que halla la suprema verdad. La muerte no es muerte".

"Lo veremos a Él, nuestro Dios, que hoy está escondido. Veremos a su Madre, nuestra Madre, la Virgen María. Veremos a sus santos, sus amigos, que serán también nuestros amigos; hallaremos a nuestros padres y parientes, y a aquellos seres cuya partida nos precedió.

- “Que cada día sea como la preparación de mi muerte entregándome minuto a minuto a la obra de cooperación que Dios me pide, cumpliendo mi misión, la que Dios espera de mí, la que no puedo hacer sino yo”.
- “La muerte es la gran consejera del hombre. Ella nos muestra lo esencial de la vida, como el árbol en el invierno cuando, una vez despojado de sus hojas, muestra el tronco. Cada día vamos muriendo, como las aguas van acercándose, minuto a minuto, al mar que las ha de recibir”.
- “Para los que tienen fe todo les habla del otro mundo: las bellezas de la naturaleza, el sol, la luna, todo es como figura que nos da testimonio de la invisible belleza de Dios. Todo lo que vemos está destinado a florecer un día y está destinado a ser gloria inmortal”.

Más adelante escribe:

- “Conociendo la manera de obrar de Dios, ¿no sería una burla extraña en su proceder la de poner en nuestros corazones un amor inmenso hacia seres que, para nosotros, son más que nosotros mismos, si ese amor estuviese llamado a desaparecer con la muerte? Todo lo nuestro nos acompañará en el más allá y, ¿acaso esos amores, tan profundos están llamados a olvidarse a quedar insatisfechos? No, Dios no rompe los vínculos que ha creado; Dios no se arrepiente de sus dones, porque es profundamente leal y fiel”.
- “En el momento en que el alma se separa de su envoltura y purificada penetra en el cielo: la separación ha terminado y esa madre querida nos echará los brazos y la ausencia estará terminada: vivir, conversar, mirarse... sin que nada los separe porque amarán ambos lo mis-

mo, verán las cosas de la misma forma, no existirá el cansancio, y el sueño no vendrá a turbar este amor que será eterno”.

“¡Señor, yo quiero creer! Para llegar a ama,. Señor, yo quiero creer. Para poder alcanzar, **Señor, yo quiero creer, porque quiero vivir, Tu vida, Contigo. Con Jesucristo mi amigo, con mi Madre María, con mis seres queridos, con tus Ángeles y Santos.** Por siempre jamás, Amén, amén, Amén”.

- “**Mi vida es un disparo a la eternidad.** No pegarme aquí sino, a través de todo, mirar a la vida venidera. Que todas las criaturas sean transparentes y me dejen siempre ver a Dios en la eternidad. A la hora que se hagan opacas, me vuelvo terreno y estoy perdido”.
- “Después de mí, la eternidad. Allá voy y muy pronto. Cuando uno piensa que tan pronto terminará lo presente, saca uno la conclusión: ser ciudadanos del cielo, no del suelo”.

Cuando llega la noche con la oscuridad, es necesario entrar en el tiempo de la vigilancia, con la parábola de las vírgenes necias del Evangelio.

Actualmente vivimos una especie de tabú acerca del sufrimiento y de la muerte. Escuchamos el tema y lo maquillamos.

Parece que la sexualidad desbocada, el erotismo todopoderoso y presente, el consumismo desenfrenado, no son más que una protesta sorda contra la idea de morir.

Escuchemos ese grito y proyectemos mejor la predicación escatológica hacia el más allá.

Superar la angustia de la muerte, presente en todos los niveles y edades, puede ser la mejor vacuna para el veneno materialista y erótico que nos invade y se introduce hasta por las rendijas de las puertas, ya sea por los medios de comunicación, ya sea por las conversaciones y por el contexto en el cual vivimos.

Es fundamental luchar por la dignidad de la vida y de la muerte.

Existen fenómenos para-sicológicos que no entendemos bien. Son los avisos y premoniciones que entregan personas al momento de morir. En el proceso de morir existen preguntas sin respuestas. He conocido historias que dan mucho que pensar y las interrogantes quedan.

Durante mi vida, he visto tantas muertes y tantas diferencias.

Mi mamá tuvo una muerte triste. Llevaba trece años enferma por un derrame cerebral y se fue apagando con los años.

Presenció morir carbonizados en una camioneta, que se incendió con dos personas en su interior. Cuando se logró abrir la puerta, les coloqué la santa unción y vi con emoción que sus cuerpos estaban reducidos de tamaño. Murieron carbonizados.

He visto una muerte humilde. Recibió el perdón y la unción de los enfermos con gran paz y su vida se prolongó algunos meses. Nunca se atrevió a comulgar porque no se consideraba digno de recibir al Señor. Afirmaba que no se lo merecía.

Me impresionó la muerte de mi hermano Jorge. Sabía que estaba agonizando y se encontrara en paz. Le dije: "Vas a ver a Alberto Hurtado" y él me dijo: "Me interesa más San Pedro porque él tiene las llaves". Pocos minutos después, había

partido a la casa del Padre.

Recuerdo la enfermedad y la muerte del Padre Hurtado. Ahí hubo un fenómeno místico de un hombre que moría contento. Al revisar las radiografías finales, se vio que debía haber tenido grandes dolores, de los cuales nunca se quejó.

Lo más difícil que he presenciado fue el fusilamiento del Intendente de Talca, en 1973. Debí avisarle que iba a morir y acompañarlo hasta el momento de su muerte. Es un hecho que no se borra nunca de la memoria.

EL CIELO

“VEREMOS, AMAREMOS Y DESCANSAREMOS”

San Agustín

Para un corazón cristiano, después de la muerte se llega al cielo, tal vez pasando por el purgatorio o en forma directa. No lo sabemos.

Se cumple lo que dice la Biblia: “Aquí no tenemos ciudad permanente, sino que buscamos la ciudad permanente (Hebreos 13,14) y allí nos espera Dios. Habremos llegado a la casa definitiva y entenderemos que nuestra patria definitiva está en el cielo.

Esta reflexión nos ayudará a no perder el sentido de lo eterno, en contrapartida a tantas vidas llevadas como si la muerte fuera el final de todo.

Es mucha la vanidad y lo superficial existentes en nuestra sociedad y, en gran parte, sucede por descuidar el sentido de la trascendencia y de la eternidad.

“Veremos. Ya no será necesaria la fe ni la esperanza. La fe ha terminado porque la visión de Dios trae la certeza de lo verdadero y definitivo.

Amaremos. El cielo es la plenitud del amor. El infierno, que también existe por la justicia de Dios, es la ausencia del amor. Tal vez no tenga muchos habitantes, porque la misericordia vence a la justicia y en Dios la misericordia es infinita.

Le escuché a un santo canonizado por la Iglesia: “No es evidente que Judas Iscariote esté en el infierno porque Dios es nuestro perdón”.

El cielo será el amor sin límites en el cual, el concepto del tiempo ya no existirá como lo entendemos nosotros.

Será la paz y la alegría que no cansa, porque la categoría del tiempo tiene otro sentido. No podrá ser aburrido o monótono como algunos creen. Es otra dimensión que no podemos imaginar, pero por la fe sabemos que es plenitud y felicidad sin límites, ni de tiempo ni de espacio.

Y descansaremos. Ya no habrá el reino del miedo. La angustia no existirá y toda la fragilidad humana desaparecerá.

En esta perspectiva atrayente y bella del cielo, es muy posible que la teoría de la reencarnación que atrae a tantos, incluso a católicos, pase a segundo plano. Ha hecho un gran daño a la sociedad y a la Iglesia. Destruye todo principio, relativiza la vida y es de una gran superficialidad. La vida en Dios es una y eterna...

El cielo es hermoso y significa esa felicidad que tanto se busca, casi con desesperación, en una sociedad que quiere ser feliz a cualquier precio, con una moral no siempre cristiana, con una vida superficial de farándula y materialismo.

CRISTO RESUCITADO Y EL JUICIO FINAL

El capítulo 25 de San Mateo muestra la descripción de Jesús sobre el Juicio Final. Habrá una separación entre los que vivieron en el amor, en el servicio al pobre, al encarcelado, al enfermo, al débil, con aquellos que no entendieron que toda persona merece ser amada y respetada.

“Al atardecer de la vida, seremos juzgados por el amor” y en ese juicio final esta afirmación será una gran realidad.

Jesucristo no vendrá como en Belén o como un peregrino de los caminos. Vendrá como Rey del Universo, con pleno poder y majestad.

Será el Cristo Resucitado y Glorioso. Será quien venció a la muerte, al pecado y nos dio vida nueva pasando por la Cruz y la Pasión.

Cristo Resucitado abre las puerta del cielo y en el juicio final, la verdad será completa.

Se producirá “la resurrección de la carne”, lo cual confesamos en el Credo. Es difícil imaginar cómo puede ser realidad un hecho que parece tan imposible. Habrá otro esquema y otra dimensión del cuerpo y del alma. Lo aceptamos en la fe.

Cuando los discípulos preguntaron a Jesús acerca cuándo sería el Juicio Final Él respondió que eso lo sabía el Padre y aquellos a quienes el Padre quiera revelarlo.

Los primeros cristianos vivían esperando la venida de Jesús y en el año 1.000 de la vida de la Iglesia, se produjo una psicosis colectiva generalizada porque ese año terminaba el mundo, incluso muchos campesinos de Europa no sembraron en el año 999 porque todo estaba acabado

Miles y miles de personas se arrodillaron esa última noche en las Iglesias, esperando el final. Coincide esta psicosis colectiva con una sociedad que estaba resquebrajada y pesimista. El mundo tenía color de ceniza, todo lo cual llevó a asumir esta idea que llegaba el Juicio Final.

Pasó el año 1.000, vivimos en el tercer milenio y sólo Dios sabe el tiempo y el momento de su venida.

El juicio será universal y de una manera fulminante: “Como el relámpago sale del Oriente y llega hasta el Occidente, así será el advenimiento del Hijo del Hombre” Mateo 24,27.

Todo quedará descubierto y todo será transparente y claro. Se conocerán las grandes virtudes silenciosas y toda la bondad de tantos seres humanos. También conoceremos lo que era clandestino, las traiciones y las faltas de lealtad.

Entenderemos que era verdadero el Evangelio que nos dice “hasta el último vaso de agua que dimos en su nombre será reconocido” Mt 10,42.

Sobre todo, la Misericordia de Dios resplandecerá en todos los elegidos y sabremos que la misericordia es Infinita.

“Habrá cielos nuevos y tierras nuevas” Apocalipsis 21,1.

“Dios enjugará toda lágrima. No habrá sufrimiento porque el estado de prueba habrá pasado definitivamente” Apocalipsis 21.4.

Especialmente se verá la Presencia Eterna de Dios, quien recibirá todo honor y toda gloria por toda la Eternidad.

El Juicio Final es llamado “El día de Cristo”, quien llegará de manera sorpresiva.